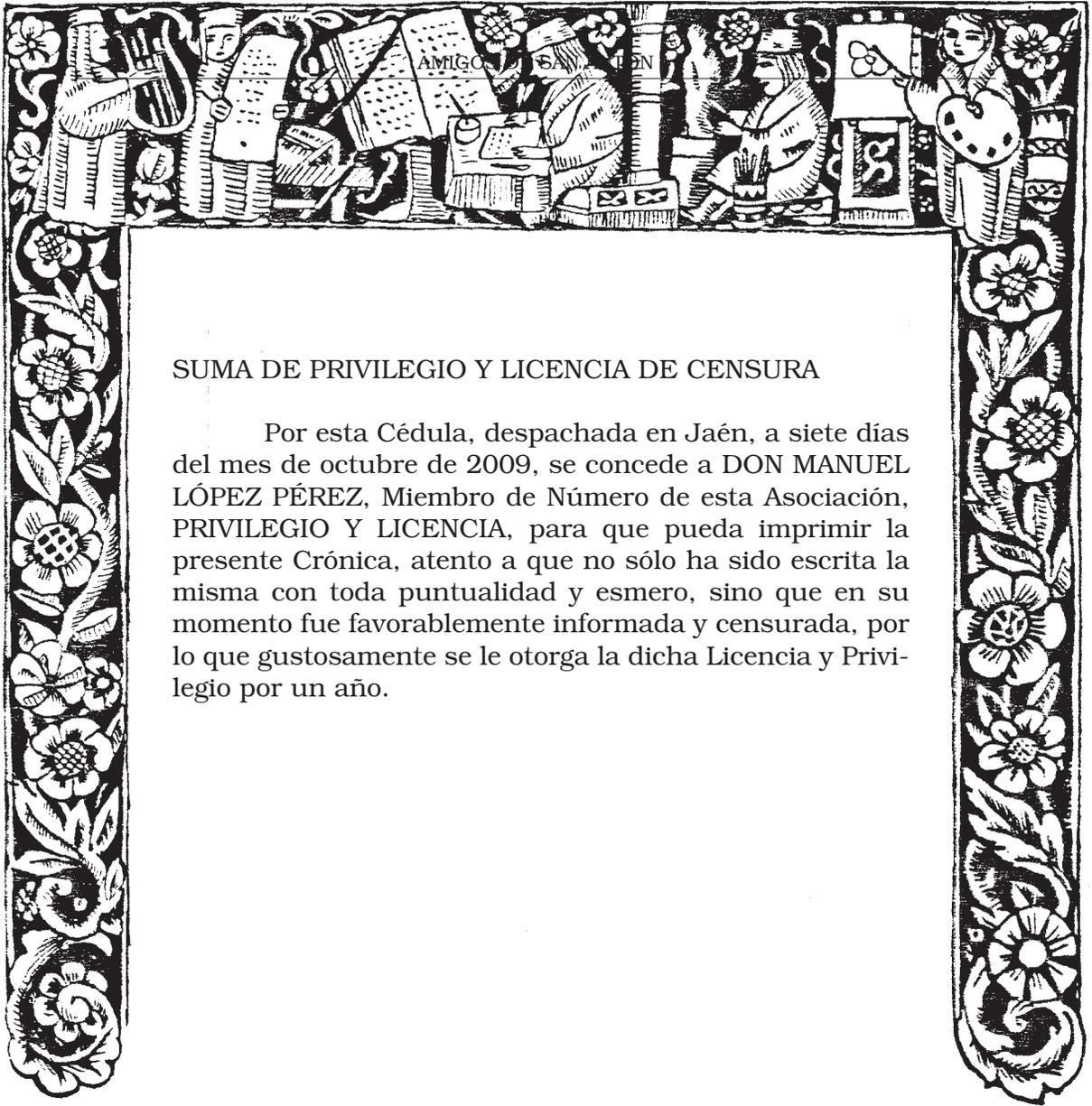


CRÓNICA
DE UNA MUY FAMOSA CENA QUE LA
CONFRATERNIDAD DE
«AMIGOS DE SAN ANTÓN»
CELEBRÓ EN LA NOCHE DEL
28 DE NOVIEMBRE DE 2008
EN LAS ESTANCIAS ALTAS DE LAS CASAS
DEL CONCEJO DEL PUEBLO DE
LOS VILLARES EN REMEMBRANZA DEL
V CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE
TAN NOBLE VILLA



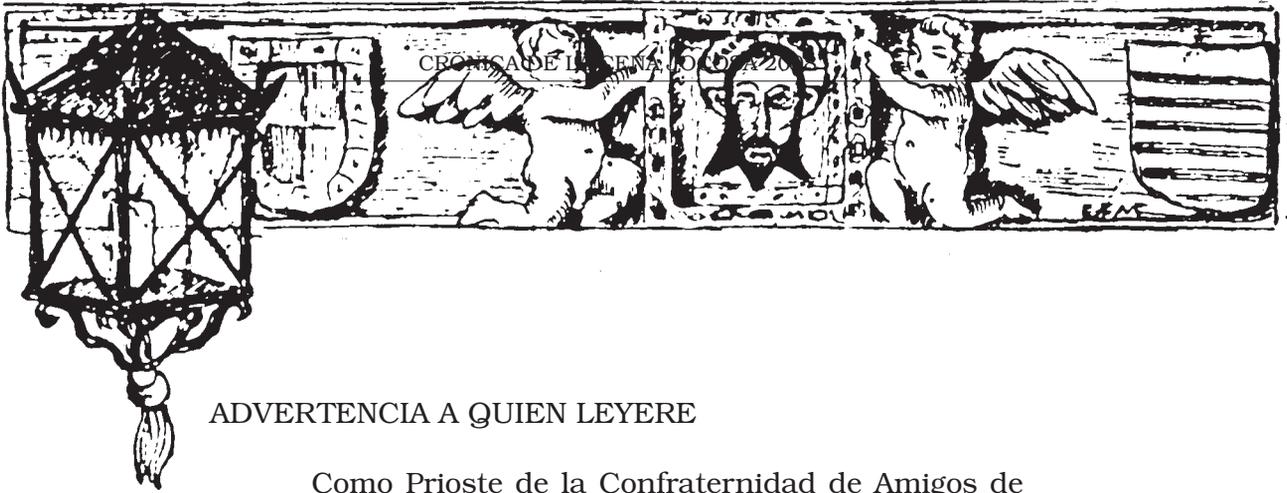


SUMA DE PRIVILEGIO Y LICENCIA DE CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a siete días del mes de octubre de 2009, se concede a DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ, Miembro de Número de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente Crónica, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha Licencia y Privilegio por un año.

SUMA DE TASAS

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 17 de octubre del año 2009.



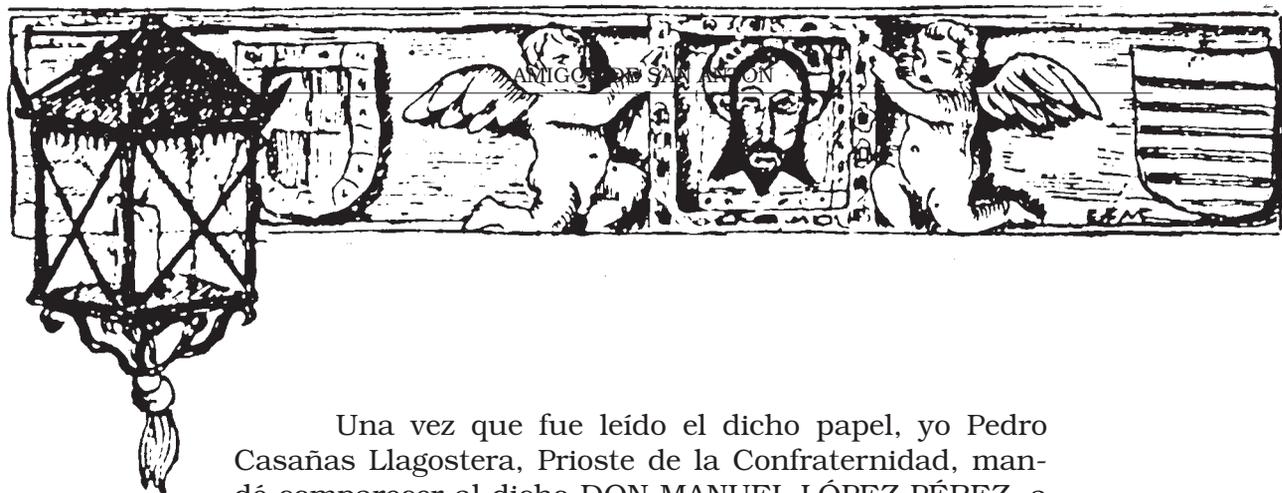
ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veinticinco de noviembre del año dos mil ocho, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor, en estancias principales del Ayuntamiento de Los Villares (Jaén), leí cierto papel cuyo contenido era del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veinte de octubre del año 2008, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otras disposiciones y acuerdos, se adoptó el siguiente:

Vistas y cuidadosamente examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ, Miembro de Número de la Asociación, con sentimiento unánime se conviene en que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosas o Cena de Santa Catalina del año 2008, que habrá de tener lugar en la noche del día veintiocho de noviembre que vendrá, debiendo de ser esta Crónica, fiel reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por la misma se deje constancia fidedigna a la posteridad».

Jaén, octubre de 2008.



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Pedro Casañas Llagostera, Prioste de la Confraternidad, mandé comparecer al dicho DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ, a quien formulé con la debida solemnidad la pregunta de rigor:

— Muy honorable señor DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ, ¿sois conforme de redactar fiel y cumplida Crónica de todas cuantas cosas viéreis y oyéreis durante el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2008?

A lo que atentamente respondió el ya dicho DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ:

— Sí, lo soy,

A lo que yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciendoos y exhortandoos, a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregandoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Aceptó el dicho DON MANUEL LÓPEZ PÉREZ el Recado de Escribir del mejor agrado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongo aquí testimonio de ello para conocimiento de quien leyere.



AISTENTES A LA CENA

En pie: Juan Antonio López Cordero, Antonio Martos García, Ángel Aponte Marín, Juan Espinilla Lavín, Ángel Viedma Guzmán, Manuel Kayser Zapata, Carmen Anguita Herrador, José García García, María José Sánchez Lozano, Manuel López Pérez, Alfonso Parras Vilchez, Francisco José Palacios Ruiz, Arturo Vargas-Machuca Caballero, Juan Higuera Maldonado, María Isabel Sancho Rodríguez, Pedro Antonio Galera Andreu, Pedro Jiménez Cavallé, José María Pardo Crespo, Juan Cuevas Mata, Vicente Oya Rodríguez, Rafael Casuco Quesada, María Amparo López Arandía, Luis Parras Guijosa, José Rodríguez Molina y Pedro Cruz Casado.

Sentados: Rufino Almansa Tallante, José Casañas Llagostera, Luis Coronas Tejada, Carlos María López-Fe Figueroa, Julio Puga Romero, Francisco Cano Ramiro, Luis Berges Roldán, Pilar Sicilia de Miguel, y... Pedro Casañas Llagostera, que hizo la foto.

Crónica de la XXXI
«Cena Jocosa» o
«Cena de Santa Catalina»
correspondiente al Año de
Gracia de 2008

Crónica de la XXXI «Cena Jocosa» o «Cena de Santa Catalina» correspondiente al Año de Gracia de 2008

DE LOS INICIOS Y MOTIVACIONES DE ESTA CENA MEMORABLE

Pues habrás de saber, lector amigo, que andaba la Muy Noble, Famosa y Muy Leal Ciudad de Jaén envuelta en el «gran jaleo» de su Feria de San Lucas, cuando los miembros numerarios y honoríficos de la Confraternidad de los Amigos de San Antón empezaron a recibir en sus casas cierta esquila que desde hace una treintena cumplida de años les suele acercar por estas fechas el Criado Portugués, del que para tales menesteres suele servirse el Prioste de la Confraternidad don Pedro Casañas Llagostera, noble e inquieto jaenés al que ni los tiempos, ni los alifafes, ni las cotidianas preocupaciones hacen mella en su donosura e ingenio y mucho menos en su bien acreditado afán de servicio a las tradiciones y buenas costumbres del Reino de Jaén.

La esquila, pulcramente impresa con elegante letra de añejos caracteres en recio pliego de papel verjurado y discretamente celada a los curiosos con doble sello de lacre, decía así:

«...Salud e gracia, señor:

Sea V. M. servido de saber e entender por esta mi carta, de la ventura e gozo en que se holga mi señor Don Lope, de poder dar un año más, mensaje de novedad cerca de la celebración de la bien famada Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina, evocación e solemnidad a la que en cada añada, e con puntual e considerado rito, concurren los Amigos del Señor San Antón, evento o jornada que se ha de contar ya, Dios sea servido, en su XXXI suceder.

E porque de grande conveniencia es, el que de hacerse no se dejase tan singular e señalado acaecimiento, presto e diligente anduvo mi

Señor procurando sobre tal menester, e comentome, que habiendo tenido noticia e referencia de los fastos e solemnidades que en la villa de Los Villares se conmemoran con ocasión de su V Centenario, realizose trámite e gerencia cerca de aquel Concejo para poder ofrendar aquesta Cena del año 2008 a tan memorable acontecer.

E siendo oído, entendido e proveido sobre ello por la Señora Doña María del Carmen Anguita Herrador, Alcaldesa de la Villa, e junto a su esposo, a la sazón Regidor de su Cabildo, Señor Don Luis Parras Guijosa, con abundosa generosidad, exquisita galanadura e notable desprendimiento, tuvieron por bien el aceptar, a la vez que brindar, esmerado e conveniente acogimiento e refugio para que hogaño así se hiciese.

Sépadés pues, que cumpliendo con el tenor de lo que mi Señor se ha servido de mandar e haciendo el dicho su encargo, pláceme decir a V. M. que la dicha celebranza habrá de tener asentamiento e acomodo en estancias nobles e principales de las Casas Consistoriales de Los Villares, en la noche del viernes día 28 de Noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, siendo de conveniencia el que vaya haciendo ajuste en sus menesteres para poder cumplir en ello, no haciendo falta en manera alguna, e que seades presto e diligente en acudir en buena hora, como así mesmo, el ser bueno e conveniente facer alguna privanza o vigilia para poder cumplir con el sustento e viático que al efecto se adereza.

Doile esta carta de aviso e recordación, pasada que es la fiesta del Señor San Lucas deste año de gracia que cuenta dos mil e ocho del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo. El Criado Portugués....».



Recibida que fue por todos la ansiada esquila, que a muchos inquieta e impaciente, año tras año, apenas los tibios soles de octubre empiezan a poner matices a la mole gris de Jabalcuz y los zumaques a motear de sanguina los peñascos de los Zumeles, no fueron pocos los que acudieron a este Cronista para poner cumplida postdata a la esquila e indagar la causa y motivo de que por esta vez la Cena tuviera lugar fuera del término de la ciudad que la motiva.

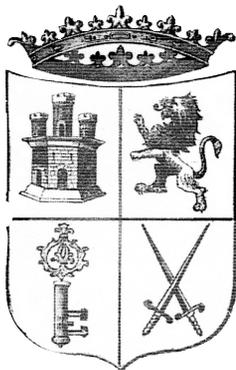
Para saciar curiosidades y justificar novedades, se les hizo saber que aqueste año de 2008 tenía la consideración de memorable y jubilar tanto para la ciudad de Jaén, cabeza de su antiguo Reino, como para el ámbito territorial de lo que antaño fue la Sierra y término de ella, pues

se conmemoraban los quinientos años del venturoso día en que la serenísima Reina Doña Juana de Castilla, por mal nombre apodada «la loca», había expedido en Burgos, a 17 de marzo de 1508 una Real Cédula disponiendo la fundación en lo que entonces eran sierras yermas y despobladas, de una serie de pueblos que dieran vida a sus soledades y aseguraran los caminos. De aquel propósito, que intrigas concejiles y humanas codicias dilataron y desfiguraron en extremo, nacieron los pueblos de Mancha Real, Campillo de Arenas, Valdepeñas de Jaén y Los Villares. Y como bueno es que los fastos de la historia se remocen de vez en cuando, para que así, desde las enseñanzas del ayer sepamos comprender el presente y diseñar, en lo posible, el futuro, a lo largo de este año los respectivos concejos habían programado algunos actos y festejos con los que celebrar el V Centenario de aquel proyecto repoblador



Doña Juana de Castilla, fundadora de Los Villares

Dado que uno de los propósitos con los que nació esta singular *Cena de Santa Catalina* fue el de rendir homenaje a personas, entidades o colectivos de limpia hoja de servicios, se había considerado de justicia tributar nuestro homenaje de afecto y reconocimiento a esta histórica empresa repobladora, personificando tal agasajo en el laborioso, dinámico y acogedor pueblo de Los Villares, jurídicamente ligado a Jaén desde su nascencia hasta el año de 1600 y que luego siempre ha sabido mantener filiares relaciones con la capital, consiguiendo los villariegos con su espíritu laborioso y hospitalario acortar secularmente, con las veredas del afecto, las dos le-



guas escasas que nos separaron por el Camino Real. A lo que habría que añadir el hecho venturoso de que por especial privilegio del destino, muchos de los habituales comensales de esta Cena están ligados por razones afectivas, familiares, profesionales o incluso vecinales, con el pueblo de Los Villares, lo que les hace sentirse en esta ocasión en casa propia.

Así entendido por todos, se llegó a la unánime conclusión de que bien podía ser nuestra *Cena Jocosa o de Santa Catalina* un acto más de los incluidos en el programa conmemorativo del V Centenario de

la fundación de Los Villares, máxime cuando el Concejo de la Villa nos abría con generosa franqueza sus Casas Consistoriales augurándonos momentos de grato solaz y fraterna amistad.

DE LOS PROLEGÓMENOS DE LA CENA

Habían caído las sombras del anochecer del viernes 28 de noviembre, festividad de San Esteban, abad y San Gregorio, Papa, cuando en las inmediaciones del Monumento a las Batallas fueron reuniéndose los congregantes del Señor San Antón, todos envueltos en gabanes y chubasqueros, los más provistos de paraguas y más de uno luciendo con garbo castizo su gorra o sombrero, pues la noche se presentaba metida en aguas y bien oreada por una infame ventolera. Aunque a la reunión se llegó con inusual puntualidad, muchos buscaron el arrimo de los aleros de edificios colindantes para ponerse al abrigo del aguacero, o quizás porque al ser en tales inmuebles donde tienen sus covachuelas y despachos los mandamases y jerilfates de la Administración estatal y autonómica, se cumpliría aquello de que «*a quien buen árbol se arrima...*».

Tras breve espera, apareció el vistoso autobús que habría de trasladar a tan animosa concurrencia al lugar del yantar y uno tras otro, abreviando saludos y cortesías, fueronse acomodando en el interior entre apresurados apretones de manos, fraternos abrazos y no pocos donaires y cuchufletas provocados por este anual reencuentro.

Para proceder con el debido orden y método, don Pedro, el Señor Prioste, hurgó en sus bolsillos y extrajo el listado de los convocados y comprometidos y en alta voz fue pasando lista y comprobando que a su llamada habían respondido gozosamente los más de los convocados, a saber, el reverendo don Rufino Almansa Tallante, clérigo bondadoso y afable y hombre de muchas letras y saberes que no dudó en venir desde las tierras del Adelantamiento de Cazorla donde reside y ejerce sus pastorales menesteres; don Ángel Aponte Marín, profesor, doctorado en los avatares del Jaén del XVII, que aunque de arraigada genealogía jaelesa, algo tiene de villariego; don Luis Berges Roldán, arquitecto de bien ganado prestigio y autor de hermosos libros en los que no sabemos que admirar más, si el rigor del contenido o la belleza de sus dibujos; don Francisco Cano Ramiro, hombre de acrisolada nobleza, de profundos conocimientos sobre el campo de Jaén y de probada lealtad a estas empresas de sabor costumbrista; don José Casañas Llagostera, canónigo emérito y capellán perpetuo de la Confraternidad, entre cuyas gentes

reparte a la vez afectos y sonrisas; don Luis Coronas Tejada, maestro de muchas generaciones de historiadores, recio conocedor y divulgador de la historia del Jaén Moderno, honra y gala de nuestros ámbitos universitarios; don Pedro Cruz Casado, meticuloso artesano de la letra impresa y «maestro impresor» honorario y efectivo de esta Congregación; don Juan Cuevas Mata, archivero municipal, eficacísimo valedor de cuantos en la ciudad gustan de hurgar en los papeles viejos; don Juan Espinilla Lavín, un tipo inquieto y observador que conoce los andurriales de nuestras sierras como la palma de su mano y sabe arrancarles sus mas escondidos secretos y misterios; don Pedro Galera Andreu, profesor universitario de Historia del Arte y rector actual del Instituto de Estudios Giennenses que de Jaén hizo su segunda patria; don José García García, profesor de Literatura y autor de deliciosos libros, justo heredero del ingenio y la donosura de su padre, el mítico Juan García Carmona, sin el que no puede entenderse el Jaén contemporáneo; don Juan Higuerras Maldonado, canónigo emérito, profesor de lenguas clásicas y sujeto de desbordante simpatía y afabilidad, al que todos acudimos cuando hay que desentrañar los secretos de algún «latinajo»; don Pedro Jiménez Cavallé, profesor universitario, musicólogo y hombre siempre presto a extraer todos los matices de un coro, acariciar las teclas del piano o a sacar toda la potencialidad y armonía de los registros de un órgano; don Manuel Kaiser Zapata, prestigioso profesor de los antiguos Artes y Oficios, excelente pintor de personalísimos matices y fiel conocedor del paisaje villariego ante el que pasa muchas horas; don Juan Antonio López Cordero, amigo polifacético y multidisciplinar que consigue compaginar cosas tan dispares como punzarte una vena, localizar un vetusto «pozo de la nieve», impartir una clase magistral, coordinar un congreso, o escribir un libro de historia y que parece haber conseguido el don de la ubicuidad, pues lo mismo te lo encuentras con la bata blanca en un pasillo hospitalario, que impartiendo clase de paleografía en un aula universitaria; don Carlos María López-Fe, psicólogo y doctor en Arte, jaenés de perpetua curiosidad y acrisolada fidelidad a nuestra tierra, que es la suya, aunque la vida le alejara de ella, heredero fiel de las inquietudes intelectuales de su abuelo, el recordado don Inocente Fe; don Antonio Martos García, hombre siempre alegre y ocurrente, con las alforjas bien provistas de anécdotas y saberes de un Jaén que se nos fue y cancerbero fiel de los escasos caudales de esta Confraternidad; don Vicente Oya Rodríguez, Cronista Oficial de la Ciudad y veterano periodista en quien bondades y saberes se unifican y complementan: don José María Pardo Crespo, arquitecto y urbanista cuya firma prolifera por todo el «nuevo Jaén», buen gustador del campo y la caza y a ratos tentado por la sirena de la Política; don Alfonso Parras Vilches, pintor de deslumbrante y luminosa paleta, torrecampeño ilustre y perpetuo amigo de la jácara

y el alboroto, de cuyas sonoras carcajadas hay que huir presto pues son altamente contagiosas y lo ponen a uno en mas de un aprieto; don Julio Puga Romero, Decano de la Confraternidad, excelente dibujante y veterano en estas lides por el que parecen no pasar los años; don José Rodríguez Molina, profesor universitario, un granáino «fetén» enamorado de Jaén en cuyo medievo ha hurgado con profunda sapiencia y que no duda en acercarse desde «su» Granada para compartir mesa, mantel y amistad; doña María José Sánchez Lozano, profesora de Historia, cronista de Torres y docta conocedora de los secretos de la Real Sociedad Económica en cuyos libros y papeles puso orden; doña María Isabel Sancho Rodríguez, profesora universitaria, perpetua buceadora de nuestra historia literaria y docente, que con su especial gracejo perpetua entre la Confraternidad la figura de su buen padre, el querido y admirado Alfonso Sancho; doña Pilar Sicilia de Miguel, toda una vida entregada al estudio y rescate de nuestro folklore provincial, mujer que saber sacar todo su garbo y tronío a un Bolero de Jaén, marcarse con majeza un fandango de Cazorla o ilustrarnos puntualmente de cuales son los trebejos, galas y apechusques que se precisan para un traje de «pastira»; don Arturo Vargas-Machuca Caballero, arquitecto de renombre por estos lares, tipo siempre dispuesto a embarcarse «gratis et amore» en las mas dispares aventuras siempre que sean «por» y «para» Jaén y mecenas silencioso de muchas publicaciones que son gala de cualquier biblioteca y don Ángel Viedma Guzmán, médico-pediatra con ribetes de humanista y aficiones de cineasta, tan hábil para diagnosticar los misterios de un «dolor de barriga» en un infante, como para desentrañar la embrollada letra procesal de un protocolo notarial al que se pasa auscultando horas y horas. Y por último el cronista que suscribe, que acudía a la cita con especial ilusión, por aquello de ser a su vez el Cronista Oficial de Los Villares, pueblo donde pasó buenos ratos en sus años mozos y se inició en los avatares de la historia local.

A más de todos los mentados, el Prioste hizo notar la presencia de dos novicios cenacantanos, don Rafael Casuso Quesada y doña María Amparo López Arandía, jóvenes profesores e investigadores universitarios que ya han acreditado su amor al terruño con sus respectivas tesis doctorales y publicaciones y en los que la Confraternidad patentizaba, disciplinadamente, el empeño «paritario» –miembro/miembra– con que nos atosigan nuestros leguleyos y mandamases.

Armándose de paciencia el conductor puso en marcha el autobús y lanzose a la incierta aventura de atravesar la ciudad un anochecer de viernes y lloviendo..., empresa tan ardua y fatigosa como la que allá por 1539 emprendieron los agrimensores y alarifes que iban y venían a la sierra para sentar las bases de la fundación de Los Villares de Gije.

No sin algún mosqueo, alcanzamos el vértice de *La Glorieta* y ya hubo vía libre para viajar con holgura y comodidad. El paso por la *Fuente de la Peña*, *Riocuchillo*, *Jabalruz*, el *Portichuelo*..., dio motivo a sabrosas evocaciones de ciertas cenas celebradas en viejas caserías y ofreció ideas para, si el Señor es servido, tender futuros manteles en algunas de las señoriales haciendas que ahora localizábamos como lucecitas que titilaban en la negrura de un paisaje más adivinado que visto.

Pronto alcanzamos la *Puente Baja de Los Villares*, el antiguo *descansadero* de la Mesta donde el Condestable Iranzo y las mesnadas de los Reyes Católicos pernoctaban en sus idas bélicas a la frontera granadina y en cuyas cercanías se alzan las ruinas misteriosas del *Molino del Diablo*, antesala de las imponentes *Cimbras* que dan paso a los cañones del río Eliche, un paraíso natural al que por desgracia una mala gestión política pretende sacrificar en aras a la codicia de quienes a su libre albedrío ocuparon las riberas del río con nefasta arquitectura de consumo.

Atravesamos en un amén la recta de *Los Llanos* y embocando el *Puente Nogueral* ascendimos por la *calle del Arroyo* en busca del corazón del pueblo.



Las Cimbras. Óleo sobre lienzo de Alfonso Parras

DE LA LLEGADA Y RECIBIMIENTO EN LAS CASAS CONSISTORIALES

Diluviaba, cuando a paso de carga bajamos del autobús para atravesar en cuatro zancadas la *calle Sacristía* y desembocar en la *Plaza de Fernando Feijoo*, epicentro del casco histórico de la villa.

Sin ser cosa del otro mundo, esta plazuela trazada en su día a cordel por Juan de Reolid, el insigne alarife y hábil escultor, sintetiza admirablemente la historia del pueblo.

Ocupando su frente principal, el templo parroquial de San Juan Bautista, con austera traza del siglo XVIII, original del arquitecto Miguel de Landeras.



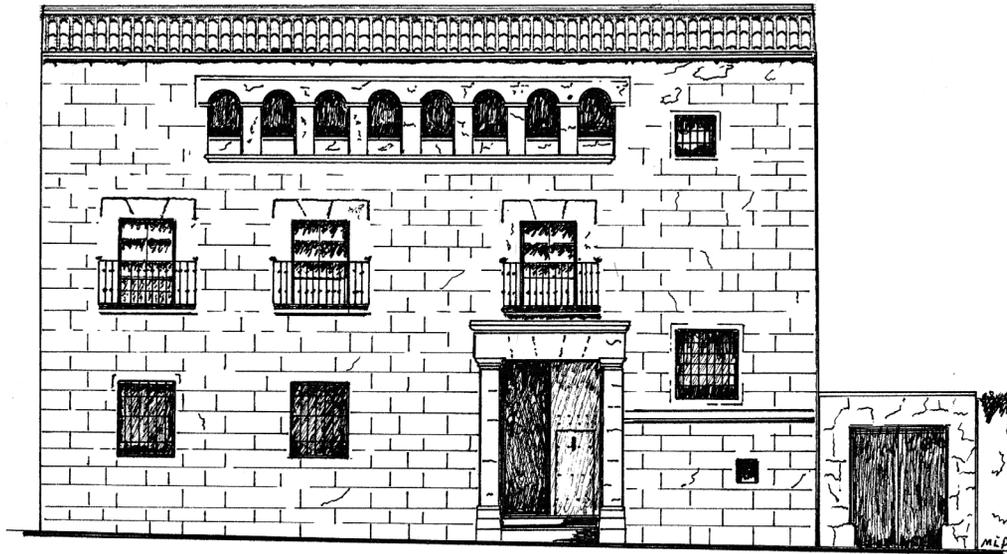
Parroquia de San Juan Bautista

Al fondo, velado por unas viviendas que en mala hora cercenaron la planta de la plaza, el vetusto caserón del Vizconde de Los Villares mas conocido por «*la Casa Grande*», edificio de innegable estampa dieciochesca que la sensibilidad municipal ha rescatado para su rehabilitación y reconversión en centro cultural.

Los Vizcondes de Los Villares, que obtuvieron el título en 1707 en gracia al apoyo prestado a Felipe V, mantuvieron vinculado el vizcondado a la noble familia de los Ceballos hasta 1826 y tuvieron un especial protagonismo en la vida social e institucional

de la capital durante muchos años. Hasta la abolición de los señoríos con las Cortes de Cádiz ostentaron simbólicamente el poder en el pueblo, teniendo el privilegio de proponer los alcaldes y aprobar el Concejo que cada año regiría los destinos de la villa. Luego, con el siglo XIX, al romperse la línea de varón en la sucesión, el título salió fuera de la provincia aunque todavía sigue vigente y en uso.

Y haciendo escuadra con la iglesia, el edificio de las *Casas Consistoriales*, levantado siguiendo un proyecto que en 1770 redactó nada menos que el insigne Ventura Rodríguez Tizón (1717-1785) y que luego se construyó entre los años de 1773-1775 bajo la dirección del arquitecto Manuel López, aquel que levantó el elegante campanil de San Andrés, en Jaén, o se prodigó en el diseño de retablos catedralicios y conventuales.



«La Casa Grande». (Palacio de los Vizcondes de Los Villares)

El edificio, de traza austera y académica, fue objeto modernamente de obras de rehabilitación y adecuación culminadas en 1998, obras que respetando su antigua traza consiguieron un inmueble funcional y de agradables vistas. Sus cómodas y señoriales dependencias habrían de hospedarnos en esta noche.



Casas Consistoriales de Los Villares

En su acogedor zaguan fuimos recibidos por la alcaldesa D^a Carmen Anguita Herrador y los regidores don Luis Parras Guijosa y don Francisco José Palacios Ruiz, que con el calor de su llaneza y afabilidad, tan propia de los villarriegos, paliaron en un instante lo desapacible de la noche.

Reunidos en el despacho de la Alcaldía bajo la atenta mirada de la Reina doña Juana de Castilla que nos revistaba desde un cuadro muy de época que preside la estancia, D^a Carmen nos ofreció, con su cordialidad característica, la casa y el pueblo y se congratuló de que la *Cena Jocos*a fuese un eslabón mas en la cadena de actos conmemorativos. Luego nos mostró el «*Libro del Repartimiento y Fundación del Lugar de Los Villares*», testimonio notarial de cómo se desarrolló la fundación de la villa. Y durante unos momentos se gozó de una grata tertulia en la que llevó la voz cantante don Luis Parras Guijosa, viejo amigo de buena parte de los presentes y que por haber ejercido como primer Rector Magnífico de la Universidad de Jaén, donde aún sigue enseñando, compartía vivencias e inquietudes docentes con muchos de los reunidos.



D^a Carmen Anguita Herrador

DE LOS GRATOS INICIOS DE LA CENA

Sonaban las nueve de la noche en el reloj del Concejo, cuando pasamos al Salón de Sesiones, donde los maestresalas enviados por Don José Rodríguez, director del acreditado complejo hostelero «La Toja», de la Real Carolina, habían dispuesto unas mesitas en las que se ofrecían gratos platillos y orondas bandejas con almendras saladas, aceituna moradilla, las inevitables «*patatillas de Casa Paco*» y los típicos garbanzos tostados de torrecampeña ascendencia. Tentadoras lonchas de jamón, porciones de legítimo queso manchego y rodajas de lomo ibérico, dejaban hueco al paté de perdiz de La Carolina y a jugosos trozos de empanada. Y botellas de rubia manzanilla, fresca cerveza y refrescos de amplia gama, empezaban a escanciarse mientras se formaban animados grupos.



Alfonso Parras, Pilar Sicilia, Luis Parras y Manuel Kayser

Catados que fueron los diversos platos, el Señor Prioste hizo sonar su autoritaria campanilla y una vez conseguido silencio, el cofrade Antonio Martos dio lectura al acuerdo tomado previamente por el capítulo de la Confraternidad en sus salas capitulares del *Arco de San Lorenzo*, por el que considerando que en el cofrade Manuel López Pérez concurría la venturosa circunstancia de ser a su vez Cronista Oficial de Los Villares, era útil y oportuno que se le designara para escribir la crónica de esta Cena y dar fe detallada de cuanto en ella aconteciere. En consecuencia, el Señor Prioste tomole solemne promesa de cumplir fielmente su obligación y para ayuda de costa entregole el correspondiente recado de escribir, encomendándole tomase fideligna nota de cuanto allí viera, oyera y entendiera.

Tras un breve receso en que menudearon las idas y venidas a las mesas, relampaguearon una y otra vez las cámaras de improvisados reporteros y se prodigaron los primeros y amicales brindis, don Pedro Casañas volvió a reclamar la atención y alzándose sobre el estrado del salón dijo lo que sigue:



Pedro Casañas

«...Amigas y amigos: Hace tres días, el pasado veinticinco, se cumplían exactamente ochenta años de aquella memorable «Otra Cena Jocosa» que se ofreciera como homenaje al cronista Cazabán Laguna. Y hace así mismo ahora treinta y un años que la Asociación Amigos de San Antón, para conmemorar el cincuentenario de aquel famoso evento, celebró otra cena similar, llevándose a buen fin sin idea alguna de continuidad.

Sin embargo y por eso de que el hombre propone y Dios dispone, no fue así. La inquietud proveniente del regusto que dejó aquel acontecer, dio lugar a que una tras otra y por un espontáneo y común querer, se han venido desgranando treinta encuentros en una ininterrumpida cadena a la que en esta noche añadimos, Dios sea loado, el eslabón número treinta y uno.

Y lo hacemos por segunda vez fuera de la ciudad de Jaén. En esta ocasión en la villa de Los Villares, municipio que se caracteriza tanto por la laboriosidad como por el carácter afable de sus gentes y que por la proximidad y cercanía, tan estrechamente ha estado siempre relacionado con Jaén.

Los Villares conmemora durante este año el quinientos aniversario de su fundación. Era el año 1508 en que desde Burgos, el día 17 de marzo, la Reina Doña Juana firmaba la Real Cédula de fundación.

La Asociación Amigos de San Antón quiso adherirse de alguna manera a esta noble efemérides solicitando a la vez que ofreciendo, la particularidad de esta Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina del año 2008 a estos fastos conmemorativos. Y obtuvo por parte de su Ayuntamiento, no solo aceptación y cédula, sino generoso y cordial acogimiento para que en su sede se pudiera verificar.

Y fueron, en nombre del Cabildo Municipal, su Alcaldesa doña Carmen Anguita Herrador y su esposo, Regidor en el Concejo, don Luis Parras Guijosa, quienes mostraron buena acogida a la idea y expresaron cariñosa y afable facilidad para cuanto fuere menester a fin de llevar a buen término esta velada que ahora iniciamos.

Reconocimiento pues cordial y sincero de la Asociación al Concejo de Los Villares por el dadivoso y hospitalario acogimiento que se nos hace. Recibid señora Alcaldesa y representantes del Concejo nuestra más rendida gratitud.

Muestra una vez mas la Asociación gran satisfacción y contento al recibir en su seno a dos nuevos miembros. En esta ocasión con una doble cualidad, la una, por su personal y profesional circunstancia y la otra y esto es interesante, por su juventud. Y es que la Asociación se va haciendo longeva y va haciendo falta savia nueva que inyecte actualidad. Como ya habéis visto los nuevos miembros son Rafael Casuso Quesada y María Amparo López Arandia. De ellos habrá quien haga su presentación.

A veces la Asociación ha sido bastante parca en hacer pública demostración de gratitud hacia aquellos miembros de ella que en momentos puntuales han prestado positiva y marcada colaboración a la misma. Y al no querer en esta noche caer en la misma parquedad, quiero hacer significación de algunas particularidades muy concretas que sirvan de reconocimiento hacia el buen hacer relativo a los intereses de la Confraternidad.

Sea una de ellas referida a Arturo Vargas-Machuca Caballero, que gracias a muy acertadas gestiones nos ha ofrecido la posibilidad de que pronto veamos en la calle un nuevo número de nuestra querida revista «Senda de los Huertos», como así mismo la realidad de la Crónica del pasado año. Es otro caso el de Pedro Cruz Casado, que con la entrega eficaz y generosa que realiza en el quehacer de nuestras dos publicaciones, merece el reconocimiento general por ello.

Así mismo voy a referirme también a Julio Puga Romero. Pero a éste en dos vertientes. La una de gratitud por sus cuidadas gestiones para que podamos llevar a buen fin sucesivas ediciones de nuestra Crónica. Y la otra, esta es de felicitación sincera por la «ocurrencia» que tuvo el pasado treinta de agosto. Seguro que os estáis preguntando que ocurrencia es ésta. Y os la voy a decir: nada más y nada menos que cumplir ¡noventa años!, ahí donde lo tenemos lozano y joven. Ya quisiéramos llegar a su edad con esa lozanía y juventud que muestra. ¡Felicidades, Julio!

Y ahora, amigos, dejémosnos llevar en el devenir de esta velada y disfrutemos de esos sabores tan jaeneros y fraternos que nos unen en el amor a Jaén...».

Las palabras de don Pedro, alma y nervio de esta singular Confraternidad, fueron recibidas con unánime aplauso y a ellas respondió con un breve parlamento la señora Alcaldesa, reiterando su gratitud por cuanto la Cena tenía de homenaje al pueblo de Los Villares y deseando que todos se sintieran acogidos como en casa propia en la completa seguridad de que al ser el Ayuntamiento la casa-madre de todos los villariegos, era el pueblo mismo el que les ofrecía su hospitalidad y su afecto.



Carmen Anguita, Juan Cuevas y Pedro Galera

Acto seguido todos nos apretamos para que los fotógrafos hicieran su trabajo y dejaran testimonio y recuerdo del acto con la clásica fotografía «de grupo» que con el paso del tiempo tantos recuerdos evoca.

Un nuevo campanillazo hizo acallar las conversaciones y destacándose del grupo el cofrade Juan Cuevas Mata cumplimentó el grato encargo de presentar a los nuevos miembros, lo que hizo con estas elocuentes palabras:



Juan Cuevas

«...Queridos amigos: Me cabe el honor de presentar en esta trigésimo primera Cena Jocosa o de Santa Catalina, por encomienda de nuestro Prioste Pedro Casañas y en este magnífico marco de las Casas Consistoriales de Los Villares, a los dos nuevos miembros de los Amigos de San Antón, Rafael Casuso Quesada y María Amparo López Arandia, propuestos en la asamblea celebrada por la Confraternidad el pasado mes de enero.

Rafael Casuso Quesada nació en Andújar, donde cursó los estudios primarios y el Bachillerato. En 1977 comenzó los

estudios superiores de Geografía e Historia en el Colegio Universitario «Santo Reino» de Jaén, para trasladarse posteriormente a Granada donde se licenció en Historia del Arte en el año de 1982, consiguiendo el Premio Extraordinario de Licenciatura por su expediente académico. Un año más tarde realizó la Memoria de Licenciatura sobre el tema «Arquitectura contemporánea en Andújar, 1920-1950», bajo la dirección del catedrático de Historia del Arte Dr. D. Ignacio Henares Cuéllar, que sería editada por el Excmo. Ayuntamiento de Andújar en 1990.

En el año 1983 aprobó las oposiciones de Profesor Agregado de Bachillerato en la especialidad de Geografía e Historia. Desde entonces alterna su actividad docente, desarrollada en diversos centros de enseñanza en Málaga y Jaén, con la investigación histórica relacionada con la arquitectura de los siglos XIX y XX en la provincia jiennense. También dirigió un documental histórico sobre la romería de la Virgen de la Cabeza, editado en video-cine en 1991.

Desde el curso 1996-1997 está destinado en el I.E.S. «El Valle», de Jaén capital, participando activamente en la experimentación de forma anticipada del nuevo sistema educativo. De este modo y desde entonces ha actuado como ponente de Historia de España para el Bachillerato LOGSE por la provincia de Jaén; durante los años 1997-2003 forma parte del Tribunal Único del Bachillerato LOGSE en Jaén, encargado de juzgar las pruebas de acceso a la Universidad, como vocal de la asignatura de Historia de España. Durante los cursos 1998-2003 ha sido profesora-tutor de la fase práctica para la obtención del Certificado de Aptitud Pedagógica por la Universidad de Jaén.

Desde 19 de noviembre de 1997 es Doctor en Historia del Arte por la Universidad de Jaén, tras la defensa de su investigación sobre «Arquitectura del siglo XIX en Jaén», que fue dirigida por el catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Jaén don Pedro Galera Andreu. La tesis doctoral fue galardonada con el Premio «Cronista Cazabán», convocatoria 1997, otorgado por el Instituto de Estudios Giennenses y publicado un año más tarde.

En el año 2000 consigue la condición de Catedrático de Geografía e Historia en el Cuerpo de Profesores de Enseñanza Secundaria tras aprobar el concurso-oposición correspondiente. En ese mismo año participa en la exposición «Jaén entre dos siglos» celebrada en el Museo provincial, colaborando igualmente en el catálogo de la misma. Forma parte en la actualidad del Proyecto de Investigación Grupo HUM-573 «Arquitecto Vandelvira», del Plan General de In-

investigación de la Dirección General de Universidades, establecido en la Universidad de Jaén. Son muy diversas las publicaciones relativas a dicho tema, así como su participación en diferentes congresos especializados.

En la actualidad compagina sus clases en el I. E. S. «El Valle» con las que imparte a los alumnos de Historia del Arte en la Universidad de Jaén y está realizando trabajos de investigación sobre el tema de las vidrieras a lo largo de la historia en la Catedral de Jaén y en otros organismos públicos, así como sobre la arquitectura contemporánea, materia en la que debe considerarse uno de sus mejores especialistas como demuestran sus diversas aportaciones bibliográficas.

Por otra parte, me gustaría añadir que Rafel Casuso es un buen amigo desde que coincidimos en 1977 en primero de Geografía e Historia en el antiguo Colegio Universitario, justo el año en que el curso pudo comenzar con normalidad en «Las Lagunillas» después del «asalto» producido a las nuevas instalaciones unos meses antes. De él siempre he recibido un trato exquisito y apoyo, ayuda o consejo cuando se lo he pedido. El hecho de que seamos vecinos de la misma calle, Miguel Romera, desde hace quince años, hace que para mí sea una estampa cotidiana y un motivo de alegría verlo pasar con su mujer Mercedes, también profesora de instituto, con sus tres hijos ya unos jóvenes que empiezan a enfrentarse al mundo del trabajo o terminan sus estudios, paseando a su pastor belga «Loto», un perro negro muy serio, o corriendo, porque Rafa, aparte de todas las actividades que realiza diariamente, corre y corre mucho.

.....

María Amparo López Arandia es licenciada en Humanidades, con Premio Extraordinario de Grado y doctora –mención de doctorado europeo– por la Universidad de Jaén. En la actualidad es investigadora contratada del Programa «Juan de la Cierva», del Ministerio de Ciencia e Innovación, en el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Córdoba.

Su formación académica e investigadora se ha desarrollado en la Universidad de Jaén, donde ha sido becaria predoctoral del III Plan Andaluz de Investigación de la Junta de Andalucía entre los años 2001-2005 y becaria postdoctoral de la Fundación «Cajamadrid»

en 2005-2006. Tuvo sucesivas estancias en Italia, acogida por la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma y la Scuola Normale Superiore de Pisa, realizando investigaciones en los archivos romanos y vaticanos y posteriormente residió, como becaria postdoctoral del Ministerio de Educación y Ciencia en l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales de París, durante los años 2006-2008.

Sus líneas de investigación se han centrado en diversos aspectos. Por una parte, en la historia religiosa durante los siglos XVI y XVII principalmente, atendiendo a distintas facetas, desde las corrientes espirituales surgidas a inicios del renacimiento, a la labor y acción de las órdenes religiosas y su influencia tanto en los ámbitos locales –con especial mención al caso giennense– como en los gobiernos de los estados europeos desde puestos como el confesionario regio. Por otra, se ha centrado en el estudio de las élites de poder durante los siglos XVI-XVIII, ante todo en el caso del Reino de Jaén (élites municipales, órdenes militares, etc).

Colabora en diversos proyectos de investigación dirigidos desde las Áreas de Historia Moderna de las universidades de Jaén, Granada y Córdoba. Así, es miembro del Grupo de Investigación HUM-155 «Investigación en el Archivo de la Catedral de Jaén» dirigido por el Dr. D. José Fernández García, de la Universidad de Jaén y financiado por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía; del proyecto de investigación UJA-07-16-27 «Las ciudades giennenses en las letras. Manifestaciones y discursos de poder del Renacimiento a la Ilustración» financiado por el Plan Propio de la Universidad de Jaén y del proyecto de I+D HAR2008-04597 «Historias ciudadanas del Reino de Jaén. Manifestaciones y discursos de poder de las élites urbanas giennenses, siglos XV-XVIII», ambos dirigidos por el Dr. D. José Miguel Delgado Barrado, de la Universidad de Jaén y del proyecto de excelencia PO7-HUM-02835 «Realidades conflictivas: sociedad, política, economía e ideología en Andalucía y América en el contexto de la España del Barroco», dirigido por el Dr. D. Juan Luis Castellano Castellano y financiado por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía.

Fruto de su labor investigadora ha sido la publicación de las monografías «La Compañía de Jesús en la ciudad de Jaén: el Colegio de San Eufrasio (1611-1767)», editado por el Ayuntamiento de Jaén en 2005; «Risnacimiento y Reformatio. El proyecto de Gutierre González Doncel en Jaén», editado por la Universidad de Jaén en

2007; el libro «Fundación e independencia. Fuentes documentales para la historia de Valdepeñas de Jaén, 1508-1558» realizado en colaboración con José Miguel Delgado y José Fernández, estando en prensa la obra «Poderosos y privilegiados. Los caballeros de Santiago de Jaén (ss. XV-XVIII)», realizada en colaboración con José Miguel Delgado y publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Instituto de Estudios Giennenses. Igualmente ha publicado diversos capítulos de libros, artículos y comunicaciones en congresos nacionales e internacionales.

A María Amparo, que a partir de ahora será la «amiga de San Antón» más joven, la conocemos todos desde niña por ser hija de nuestros queridos amigos Manuel López Pérez y Amparo Arandia Llácer y desde entonces la hemos considerado una persona de gran brillantez como hemos podido comprobar al repasar el currículum que puede exhibir a pesar de los pocos años que lleva trabajando y la sólida formación conseguida, primero en su casa, que para eso sus padres son dos maestros de pro, luego en nuestra Universidad y después en Roma y París, por lo que sin duda está destinada a conseguir grandes logros en el campo de la Historia Moderna.

Rafael..., Amparo..., bienvenidos a la Confraternidad de Amigos de San Antón y que sea por muchos años...».

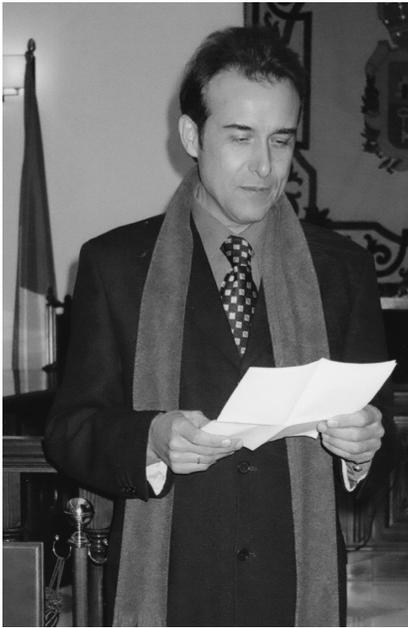


Juan Antonio López, José Casañas, José Rodríguez y Luis Coronas

Terminada la presentación, que justificaba sobradamente los méritos de quienes en esta ocasión se incorporaban a estas memorables cenas, se les hizo entrega del correspondiente nombramiento.

Rafael Casuso lo recibió de manos de Luis Berges Roldán y María Amparo López lo recogió de manos de su maestro don Luis Coronas Tejada, pasando ambos a recibir afectuosas enhonrabuenas y felicitaciones de todos los presentes, que de modo unánime expresaban su agrado y contento por la incorporación de tan jóvenes y prometedores amigos.

Tras un breve alto, que fue aprovechado por los camareros para pasar sus cumplidas bandejas por los grupos que tertuliaban, volvió a hacerse el silencio para que Rafael Casuso, en nombre propio y de María Amparo, manifestara su reconocimiento por la gentileza de la Confraternidad, lo que hizo con estas elocuentes palabras:



Rafael Casuso

«...Es un gran honor para mí ser recibido como nuevo miembro de tan famosa sociedad y aún más que lo sea compartiendo la dicha junto a María Amparo López Arandia a la que me une similar interés por la docencia y la investigación en el siempre rico devenir de la Historia y el Arte de nuestro querido Jaén. Ahora, desde la complicidad de este delicioso enredo en el que hoy estamos metidos. Huelga decir que son excesivos los méritos que en la presentación correspondiente nos ha atribuido el «sanantonero» querido amigo y compañero generacional Juan Cuevas y espero María Amparo, no defraudarte en la contestación que me toca.

Quisiera comenzar con la comunicación de mi nombramiento, que me supo a encerrona. Llevaba ya algún tiempo el nombrado Juan tras de mí, mareándome acerca de un asunto de restauración de las vidrieras de la Catedral. De las dudas que suscitaba cierto proyecto de intervención que se iba a presentar, apremiándome a concertar una cita con las restauradoras. Intentando conciliar nuestras apretadas agendas, por fin llegó la feliz coincidencia y el pasado día catorce quedamos a la hora torera en un terreno poco neutral, su despacho en Casa Almansa. Decidí presentarme a la reunión debidamente documentado y antes de salir de casa, infeliz de mí, recogí una copia de la Ley de

Patrimonio Histórico de Andalucía, para argumentar criterios de conservación y restauración en bienes culturales.

Tarde plácida de otoño en la que pasé por casa de Juan para encaminarnos juntos a la consabida cita, aunque una vez allí nos encontramos con nuestro querido Prioste esperando frente a la puerta. ¿Y qué pinta Pedro aquí...?, interioricé. ¿Dónde están las jóvenes restauradoras...?. Me extrañé. ¡Ah!, ya se. Quizás me propongan una colaboración para el próximo número de «Senda de los Huertos» u otra charla en el Arco de San Lorenzo...¿Sobre las vidrieras...?. ¡Qué raro!.

Consabidos saludos, apretones de manos, subida al despacho..., ¡qué buenas vistas tienes, Juan!..., por cierto, ¿cómo va la publicación de las actas del Congreso de Vandelvira...?...

En fin, pasaba el rato y allí no había manera de entrar en el tema... Que si parece que el Archivo Municipal se traslada al Banco de España...La necesidad de consultar con Rafael Moneo el nuevo proyecto...Pasaba el tiempo y seguía interiorizando en medio de la conversación: ¡Que no vienen las restauradoras!. ¡Y encima tengo que ultimar mi clase de Urbanismo para mañana!... Mira, Juan, le digo, he traído una copia de la Ley de Patrimonio para ver el tema de las vidrieras... Silencio. Mirada cómplice a nuestro estimado Prioste. Giros de cabeza y un sobre que se me alarga. Lee esto, me dicen.

Y ya no os cuento más, porque, de una u otra manera, todos habéis pasado por el consabido protocolo de los sobres lacrados. El resto fue sorpresa y sobre todo una enorme gratitud por otorgarme este honor que hoy tengo la suerte de compartir con todos vosotros y en especial compañía con María Amparo López Arandía. Tampoco faltó a la cita una pizca de emoción, cuando Pedro Casañas calificó a este grupo de San Antón, sobre todo, como una sociedad de buena gente. Luego, Juan y él me instruyeron en el ritual de la Cena Jocosca e incluso me ilustraron con un ejemplar de la última crónica editada, magistralmente narrada por mi compañera de promoción en el Colegio Universitario de Jaén, Soledad Lázaro Damas.

Nada más regresar a casa y comunicar la buena nueva a mi esposa, decidí documentarme. Debilidad de historiador es, sin duda, curiosear por los libros, indagar en las fuentes y pedir explicaciones al pasado.

¿Quién era San Antón, ahora que iba a ingresar en una asociación que lucía su nombre...? Consultando el clásico libro de la Iconogra-

fia del Arte Cristiano de Louis Reau, me vino a la cabeza el conocido cuadro de Velázquez atesorado en el Museo del Prado, cuyo azul siempre actúa como un imán sobre mis pupilas cuando paseo por las salas del maestro. Ese paisaje enigmático atravesado por el grácil cuervo cuyo pico sostiene los panes destinados a los dos viejos anacoretas en el desierto de la Tebaida, nuestro querido San Antón y San Pablo, ermitaño. Comida más frugal, sin duda, que la que en esta noche estamos dispuestos a comenzar.

Luego me vino al pensamiento el inevitable y más común símbolo del gorrino, que a nuestro santo casi siempre acompaña en las más de sus representaciones artísticas o religiosas. Entonces fueron vivencias infantiles en mi Andujar natal, las que me recordaron aquellas tardes en el corral de casa amamantando con biberón a un lechón que alguien regaló a mi padre. Aquel tierno animal que ya crecido, un día se escapó y toreó a toda la familia por la Corredera de San Bartolomé. Aquel que nadie quería sacrificar y que casi todos los hermanos nos negamos a saborear en su momento, aunque mas de una longaniza mi madre disimuló entre los pucheros calientes.

Solo más tarde supe que aquella casa iliturgitana en la que nací y viví mi adolescencia era obra de Luis Berges Martínez, el gran arquitecto regionalista, lo que sin duda me impulsó a interesarme por la arquitectura contemporánea.

Experiencias personales en la «Fonda Casuso» que obligaban a acompañar a mi padre regularmente a la plaza de abastos. Mientras él negociaba precios y elegía el mejor género, yo quedaba embobado por las bóvedas de hormigón que circundaban y cubrían el espacio. Luego me enteré de que los estudios de resistencia de materiales del gran ingeniero Eduardo Torroja, estaban detrás del proyecto firmado por Pedro Rivas Ruiz.

En esta misma línea, no puedo decir si fue casualidad o avatar del destino, que estudiara desde párvulos hasta tercero de Bachillerato en las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia, la conocida SAFA regentada por los jesuitas. Aún recuerdo sus espaciosas aulas, la amplitud de los pasillos o sus zonas verdes en las que latía el buen hacer de Ramón Pajares Pardo, sobre el que más tarde tuve oportunidad de historiar.

Hoy realizo esta remembranza en la acogedora Casa Consistorial de Los Villares, cedida generosamente por su ilustre alcaldesa, compartiendo mesa y mantel por primera vez con tan grata compañía de «sanantoneros». Algunos desconocidos, aunque por poco

tiempo, los más, referentes indiscutibles de nuestra educación, investigación, amistad o del sencillo devenir diario en nuestro querido Jaén: una columna en el periódico, la visita a una exposición, un paseo por la Alameda, la lectura de un libro o un café a media mañana cerca de la Catedral. Hoy nos unimos a vosotros orgullosos, María Amparo y el que os habla, con el deseo de engrosar el grupo y contribuir a su buen nombre desde nuestro modesto trabajo. Un brindis por San Antón y por todos nosotros...».



Tras estas palabras, generalizose de nuevo la tertulia en los diferentes grupos y como los mayores en edad y saber comenzaran a buscar el arrimo de los escaños del salón de sesiones en busca de algún reposo, el Prioste dio la orden de pasar al condumio pues la noche avanzaba de forma insensible y convenía no demorar excesivamente la cena.



Carlos María López-Fe y Manuel López



Rafael Casuco Quesada, recibe el Título de Miembro de la Asociación, de manos de Luis Berges Roldán



María Amparo López Arandia, recibe el Título de Miembro de la Asociación, de manos de Luis Coronas Tejada

DEL TRANSCURSO DE LA CENA Y DE LO QUE ELLA SE HIZO Y DIJO

Buscose entonces la planta alta de las Casas Consistoriales, antaño destartalados camaranchones donde tenía acomodo la complicada maquinaria del reloj público de la villa y hoy amplia, luminosa y hasta coqueta sala de exposiciones, donde la sazón se exhibía una de antiguas fotografías que configuraba una atrayente historia gráfica de Los Villares en el pasado siglo XX y una buena muestra de la renombrada artesanía de «la mimbre» que universalizó el nombre de Los Villares.



A un costado de la sala, habíase dispuesto una larguísima mesa engalanada de pulcros manteles y surtida de cumplida vajilla. De trecho en trecho, las luminarias de titilantes velas hacían resaltar la pieza de cerámica, un orondo y vidriado «*porrón de aguardiente*», salido del ubetense alfar de Paco Tito, que serviría de tangible recuerdo y las minutas, bellamente impresas, en cortesana manera, que justificaban los motivos de la Cena e informaban cumplidamente de las viandas y bebidas de que en ella se daría buena cuenta.

Como es habitual, el Señor Prioste, tras los estudios caracteriológicos a que tan aficionado es, tenía dispuesto con singular acierto el puesto que cada comensal habría de ocupar en la mesa, debidamente señalizado con linda cartela, de modo y manera que se propiciara la conversación y se animara la tertulia en los recesos entre plato y plato.



Arturo Vargas, Manolo López y Francisco Javier Palacios

Dando un toque de modernidad al condumio para cenar al compás de los tiempos que corremos en materia gastronómica, se había preparado un prometedor menú compuesto de crema de puerros, bacalao con salsa de almendras y crema de calabacín, pluma ibérica al vino tinto con pastel de patatas y bacón y guarnición de espárragos trigueros y para postre unas tentadoras peras al vino tinto. Todo ello regado con blancos vinos jóvenes andaluces, un excelente tinto «Duque de Bailén» y variedad de cervezas, refrescos y aguas minerales para los que no quisieran propasarse en las libaciones. Y para la sobremesa, un café que nos despabilara y copitas de anís «Castillo de Jaén» o crema de café de las jaeneras destilerías de Ángel Tirado, que acompañarían admirablemente a los deliciosos dulces que elaboran las MM. Carmelitas Descalzas del jaenés monasterio de Santa Teresa con sabiduría monjil y su buena dosis de paciencia.

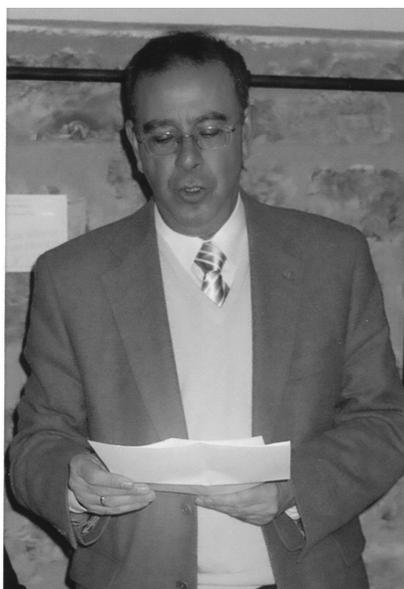
Acomodados cada uno en su sitio y mientras los maestresalas procedían con diligencia a ejercer su grato oficio sirviendo el primer plato, la señora Alcaldesa volvió a reiterar en alta voz su alegría y contento por cuanto allí se estaba viviendo y asegundó en la seguridad de que podíamos considerarnos como en casa propia.



Ángel Viedma, María José Sánchez y Pedro Jiménez

Y una vez dada cuenta de la sabrosa crema de puerros, el Señor Prioste agitó su campanilla y reclamó silencio, solicitando a Manuel López Pérez que como Cronista Oficial de Los Villares dijese lo que tuviera que decir.

No se hizo de rogar el cronista y poniéndose en pie, calándose las «gafas de ver» y aclarando la garganta, salió por este registro:



Manuel López Pérez

«...Por mi doble vinculación con la Cena de este año de gracia de 2008, cúmpleme la grata encomienda de dar una razonada justificación al hecho, no muy común, de celebrarla fuera de la capital y más concretamente en esta acogedora Casa del Concejo de Los Villares. Encargo que cumplo con gusto y no sin un puntillo de emocionada nostalgia, pues precisamente aquí, en esta casa donde hoy nos encontramos, es donde empecé hace muchos años a adentrarme en los vericuetos de la investigación histórica, animado y asesorado por mi buen padre, que entre los villarriegos ejercía entonces el noble oficio de maestro.

Desde que en 1979, recibidos por Rafael Ortega Sagrista en su evocadora «Casería de San Rafael», formalizáramos la anual celebración de la singular «Cena de Santa Catalina», cada años hemos buscado acomodo en lugar que por sus connotaciones ambientales, históricas o sociales mereciese, no solo la visita, sino nuestro comunal homenaje y reconocimiento. Así, hemos dispuesto mesa y mantel en las casas principales de ilustres familias o de preclaros amigos; hemos cenado en históricas y acogedoras caserías y hasta nos hemos atrevido a romper, con el grato tintineo de cucharas y tenedores, la formalidad de más de un centro oficial o la sede de alguna que otra institución pública, para hacer patente nuestro afecto y reconocimiento a todos aquellos y a todo aquello que lleva a Jaén por bandera.

Este año de 2008 se está conmemorando un hecho histórico de singular trascendencia para nuestra provincia: el V Centenario de la repoblación de los baldíos y sierra de Jaén, que un día de marzo de 1508 se inició a impulso de la Reina D^a Juana de Castilla. Como consecuencia de aquel proyecto, cuatro nuevos pueblos se incorporaron al viejo Reino de Jaén: Mancha Real, Campillo de Arenas, Valdepeñas y Los Villares.

De aquellos pueblos, revitalizados por la savia del tronco común de la noble ciudad de Jaén, quizás haya sido el de Los Villares el que más cercanía ha mantenido a lo largo de los siglos con nuestras cosas y nuestras gentes.

Es por eso, por lo que con el buen propósito de asociarnos a esta jubilosa conmemoración del V Centenario, decidimos hacer una excepción en nuestros usos y costumbres y celebrar la Cena de este año en las Casas del Concejo de Los Villares.

Levantado en 1539 e independizado del Concejo de Jaén, ya como villa realenga en 1600, siempre hubo entre Jaén y Los Villares, entre Los Villares y Jaén, una ósmosis afectiva y cordial que todavía es evidente. Aunque como suele ocurrir en las íntimas relaciones paterno-filiares, alguna que otra vez surgieron desencuentros y villariegos y jaeneros nos motejamos cachazudamente de «periches» y «panciverdes», la venturosa realidad fue, es y será, de filial familiaridad.

Basta espigar un poco en la crónica común de nuestros respectivos lugares, para que nos salga al paso el nombre de Los Villares proyectado sobre la capitalidad de nuestro Jaén.

De Los Villares llegará a Jaén, en unos días agitados de 1808, la figura mítica y legendaria de aquel guerrillero, Pedro del Alcalde

Heredia, que con un grupo de sus paisanos hizo prodigios de valor para defender frente al francés una ciudad que no era la suya... De Los Villares llegará a la capital el ilustre jurista y político liberal don José Campos Alcalde, que dirigió la Real Sociedad Económica, fundó el Centro Literario, ocupó el Gobierno Civil y fue todo lo que se podía ser en el jaén decimonónico..., contemporáneo por cierto de otro villariego ilustre, don Eduardo Gutiérrez Campos, presidente que fue de la Diputación y mentor jaenés del ideario político de Castelar, Sagasta y el general Serrano... Como nos llegará la figura apasionante de don Manuel-Narciso Gómez Luque, cura de vocación tardía que luego de un largo y castrense noviciado en el fragor de la guerra de Cuba, dejó su modesta coadjutoría en una parroquia capitalina para alcanzar una canonjía en la Catedral de Lugo en una insólita promoción clerical «por méritos de guerra»... De Los Villares llegará a la capital Juan de Mata Espejo Molina, excelente músico y compositor que durante muchos años ejerció la docencia, dirigió nuestras bandas, armonizó nuestras capillas musicales y nos legó esos bellísimos «Dolores», que todavía podemos escuchar cada año en la Novena de Nuestro Padre Jesús o en el septenario de la Virgen de los Dolores, en San Juan... Y don Juan Montón Civera, alcalde de la capital en los años amargos del 98... O nos llegarán otros tipos más humildes, pero no menos carismáticos, como aquel ingenuo y bondadoso don Juan Vicente Cabrera que tantos años pastoreó la comunidad parroquial de San Juan y San Pedro, que nos adoctrinó a más de uno en las aulas del Colegio «San Agustín» y que terminó sus días como beneficiado de la Santa Iglesia Catedral... O aquel celeberrimo ganapán que fue Brígido Anguita Martos, benemérito «padre de los pobres» que en su figón aledaño a la plaza de abastos se pasó la vida calmado hambres y consolando desventuras... O el servicial Manolo Fernández Gallardo, el fotógrafo que inmortalizó con su cámara muchas de estas inolvidables cenas...

Son muchas las cosas que Los Villares fue ofreciendo en el devenir de su historia a la ciudad matricia de Jaén: recordaréis que cada amanecer, los primeros que entraban por el Puente de Santa Ana, así hiciera frío, calor o cayeran chuzos de punta, eran las recuas de los lecheros villariegos, o los borriquillos cargados de fruta –¡ay aquellos orondos y exquisitos «peros»!– para surtir los puestos de «la plaza»... Como justo es resaltar que cuando don Fermín Palma, fundiendo su profesionalidad como médico y su eficacia como alcalde, se propuso dotar a la capital de un servicio moderno de aguas potables, fueron las límpidas aguas de Riofrío

las que saciaron nuestra sed de siglos...O que si hoy Jaén goza de una Universidad que es auténtico generador de desarrollo cultural, económico y social, es gracias a la eficacia, la entrega y el tesón de Luis Parras, ese villariego de pro con quien esta noche compartimos mesa y mantel...

Pero si de Los Villares fueron a Jaén, también en todo tiempo desde Jaén se vino a Los Villares.

Como no recordar a este respecto las figuras del escultor Juan de Reolid, o del insigne rejero Maestro Bartolomé, pioneros en aquello de tener en Los Villares una segunda y placentera residencia. O la llegada, en mala hora, un día de 1568 de aquel jovenzuelo disoluto e irresponsable que cargado con las joyas que había robado a la Virgen de la Capilla aquí fué apresado en unas circunstancias que parecen extraídas de una leyenda becqueriana y cuya cabeza mandó poner la Real Justicia, para aviso y escarmiento, sobre uno de los contrafuertes que amparan la portada manierista de la iglesia de San Ildefonso, desde donde todavía, petrificada y roída por los soles y las humedades, nos mira arrepentida... O a la noble familia de los Ceballos, omnipresentes en la vida política, cultural y religiosa del Jaén del siglo XVIII, que ostentaron con orgullo y postín el título de Vizcondes de Los Villares... O a la poetisa Josefa Sevillano, aquella mujer que se nos aparece como una avanzadilla del feminismo militante en los salones del Jaén del XIX, que a Los Villares acudía buscando serenidades y que aquí dio tierra a su primer marido...O al prolífico poeta y catedrático don José Moreno Castelló, que solía andorrear, con escopeta y perro el término de Los Villares, para dejarnos luego páginas de encantadora belleza en sus libremos sobre el campo y la caza...O al abogado, profesor y arqueólogo granadino-jaenés don Manuel de Góngora Martínez, que más de una vez vino a Los Villares con algunos de sus alumnos del viejo Instituto de la calle Compañía buscando vestigios que añadir a sus «Antigüedades prehistóricas de Andalucía»...Y no podemos dejar de recordar las andanzas por el campo de Los Villares del erudito don Ramón Espantaleón, unas veces con los cartapacios de su herbario y otras con la cámara fotográfica... O las ocasiones en las que el cronista Cazabán buscó por aquí hospedaje para hallar remedio a sus achaques y dolamas.

Desde Jaén llegaron a Los Villares el pintor Pedro Rodríguez de la Torre, buscando tipos y figuras para sus encantadoras pinturas costumbristas..., el escultor Rodríguez Callejón, que a la orilla del Eliche montó un coquetón estudio para trabajar sus barros y

mármoles..., el caballeroso don Pablo Martín del Castillo, que en la Huerta de la Misericordia, el enclave donde estuvo el puesto de mando para la fundación de Los Villares, emplazaba su caballete para captar con sus pinceles las coloristas turgencias de Jabalcuz, o nuestro añorado compañero el pintor Paco Cerezo que hasta llegó a comprarse una casita en el paraje de «Las Cábilas», desde la que soñaba con llevar al lienzo la policromía geológica de «Las Cimbras» o retratar con su plumilla las románticas ruinas del «Molino del Diablo»..., incluso D^a Lola Torres o nuestra gentil compañera Pilar Sicilia que por aquí buscaron los vestigios de antiguas canciones y bailes, o los secretos y variantes de esa alegre «Jota de Los Villares» que ellas conocieron mejor que nadie y que todavía Pilar Sicilia es capaz de bordar con garbo y majeza.

Y qué decir de las andanzas villariegas del famoso diputado Acuña, aquel pintoresco don José Acuña y Gómez de la Torre que iba de independiente por la vida, que sin proponérselo nos ganó la partida organizando, aquí en Los Villares, en su ocasional albergue de la «Huerta de la Misericordia» unos almuerzos pantagruélicos en los que disfrazado como el filósofo –profeta «Asumu», divulgaba el decálogo aforístico de su soñada «Filosofía Armonista» y entre tacos de jamón apostataba de la sobria «papilla integral» con la pensaba alimentar gratis al personal si algún día regía los destinos del mundo mientras proclamaba «urbi et orbi», el teorema fundamental de su jocoso partido, «La Unión Mesocrática Universal», aquel que decía, «...El hombre civilizado tiene el perfecto derecho de vivir sin trabajar...».

A lo largo de estos cinco siglos que ahora se conmemoran, han sido, como veis, múltiples, jugosas y fructíferas las relaciones entre Jaén y Los Villares. Por eso era justo y oportuno, que este año la Cena se celebrase en este pueblo hospitalario donde nadie se siente forastero.

Desde mi condición de Cronista Oficial de la villa y sintiéndome portavoz del pueblo aquí tan dignamente representado por su alcaldesa y concejales, yo os animo a que repitáis la visita. Porque en Los Villares, estar seguros, hay muchos bellos paisajes ante los que extasiarse, muchas gratas veredas por las caminar para eliminar nocivos colesteroles, muchas páginas de historia que descubrir, muchas manos que estrechar, muchos y gustosos platos en los mojetear...

Pero también, desde mi veteranía en esta Asociación de «Amigos de San Antón» de la que ahora me honro en ser cronista-portavoz,

quiero aseguraros, querida alcaldesa y amigos de Los Villares que esta «Cena de Santa Catalina 2008», por encima de su vertiente lúdica o gastronómica solo pretende ser una adhesión ferviente y amistosa a ese V Centenario que estáis celebrando.

Quienes como socios de número o de honor formamos parte de esta Asociación, somos personas de muy distinta condición social, profesional, ideológica o temperamental. Quizás por eso constituimos una representación fiel de eso que ahora llaman la «sociedad civil de Jaén».

Pues bien, estar seguros, querida alcaldesa y amigos de Los Villares, que es precisamente esa sociedad la que con esta cena quiere rendir un homenaje sentido y vivido a vuestro pueblo y a vuestras gentes. Un homenaje que os ofrecemos, no lo dudéis, desde el más profundo de los respetos, desde el más sincero de los afectos...»



Siguió un animado cambio de impresiones sobre lo que el Cronista había dicho y aún estaban algunos afanados en dar buena cuenta del bacalao, cuando a requerimiento del Prioste intervino Vicente Oya Rodríguez, Cronista Oficial de la Ciudad de Jaén, que hizo una cumplida evocación del hermanamiento que se firmó entre Jaén y Los Villares el año 2000 con motivo de las celebraciones conmemorativas IV Centenario de la Emancipación de la Villa.



Carmen Anguita, María Isabel Sancho y Juan Higuera

Los Villares estuvieron sujetos jurídicamente como lugar a la ciudad de Jaén hasta el año de 1600, en que tras no pocas vicisitudes consiguió la emancipación convirtiéndose en villa real, aunque luego la penuria de las arcas reales la volvería a someter a señoriales servidumbres. Este hecho se celebró a lo largo del año 2000 con una serie de actos festivos y culturales que tuvieron su culmen en la firma del hermanamiento celebrada entre las dos corporaciones municipales en una sesión pública conjunta que dejaría grata memoria. Sobre ello versó la intervención de Vicente Oya.

DE UN HERMANAMIENTO DE JAÉN Y LOS VILLARES

I. INTRODUCCIÓN



Vicente Oya

En el año 2.000, y en la especial coyuntura de un siglo XX que se nos iba y de un siglo XXI que se nos venía, se forjó un hermanamiento entre Jaén y Los Villares, a través de sus respectivos Ayuntamientos. Desde entonces ha habido actividades culturales como conferencias o publicaciones sobre un tema tan interesante como el de las repoblaciones de la Edad Moderna en el que fuera extensísimo ámbito municipal. Yo creo que siempre es oportuno, y muy positivo, que los pueblos busquen su historia, la despierten de su letargo, la investiguen, la estudien y la divulguen, para que las sucesivas generaciones la conozcan y la tengan como lo que es, un patrimonio cultural que se ha hecho con el caudal de los tiempos, de los trabajos y de los días. De ese conocimiento nace un

mayor cariño por la tierra propia y, sobre todo, el deseo de conservar el legado recibido, acrecentándolo para el futuro. Por que cada generación tiene ante si un reto para el progreso de su pueblo.

Sabido es que, con fecha 17 de marzo de 1508, la Reina doña Juana aprobaba en Burgos las peticiones que le había hecho el Concejo, de la Ciudad de Jaén expresándole que, en los términos y sierra de la misma, dentro de la jurisdicción, había lugares propicios para hacer repoblaciones. Había para ello diversas razones

de peso. Ya el Reino de Granada había sido conquistado. Era necesario roturar tierras buenas productoras de cereal, que, hasta ese momento histórico, eran como un yermo desolado por el que nunca había pasado el arado. Eran unas tierras despobladas, abandonadas, que sólo tenían el aprovechamiento de una ganadería muy debilitada, sin otras actividades dignas de mención.

Como la población de Jaén se había incrementado de forma considerable se formaron entonces las nuevas poblaciones de Los Villares, Valdepeñas de Jaén, Campillo de Arenas y Mancha Real. Todo este proceso se desarrolló entre los años 1532 y 1539. Se empezó con Campillo y se terminó con Los Villares.

Todas las poblaciones quedaron bajo la jurisdicción del Concejo de la Ciudad de Jaén que había consagrado su vida a diversas actividades del campo y de una intensa y variada artesanía. La ciudad de Jaén compartió con estas poblaciones, como Los Villares, sus Ordenanzas Municipales que venían a regir la vida de los huertos, la campiña, los montes y las actividades ganaderas.

II. LA POBLACIÓN DE LOS VILLARES

La última de las enmacipaciones en la Sierra de Jaén fue la de Los Villares en 1600. Aquella población de Los Villares se había formado con personas que, en este término, explotaron la agricultura, la ganadería, incluso la apicultura. En el contingente de los primeros pobladores de Los Villares aparecieron hasta moriscos que llegaron atraídos por la huerta, cultivando hortalizas y frutales. La población, por aquellos años, era de unos trescientos vecinos, que realizaron trabajos en el monte como el carboneo, la leña, la caza, así como las subastas de los pozos de nieve para la conservación de los alimentos. Por eso Los Villares, con Valdepeñas, con toda esta zona, iba a ser, durante bastante tiempo, sobre todo en la Época Moderna, como una nevera para abastecer a Jaén.

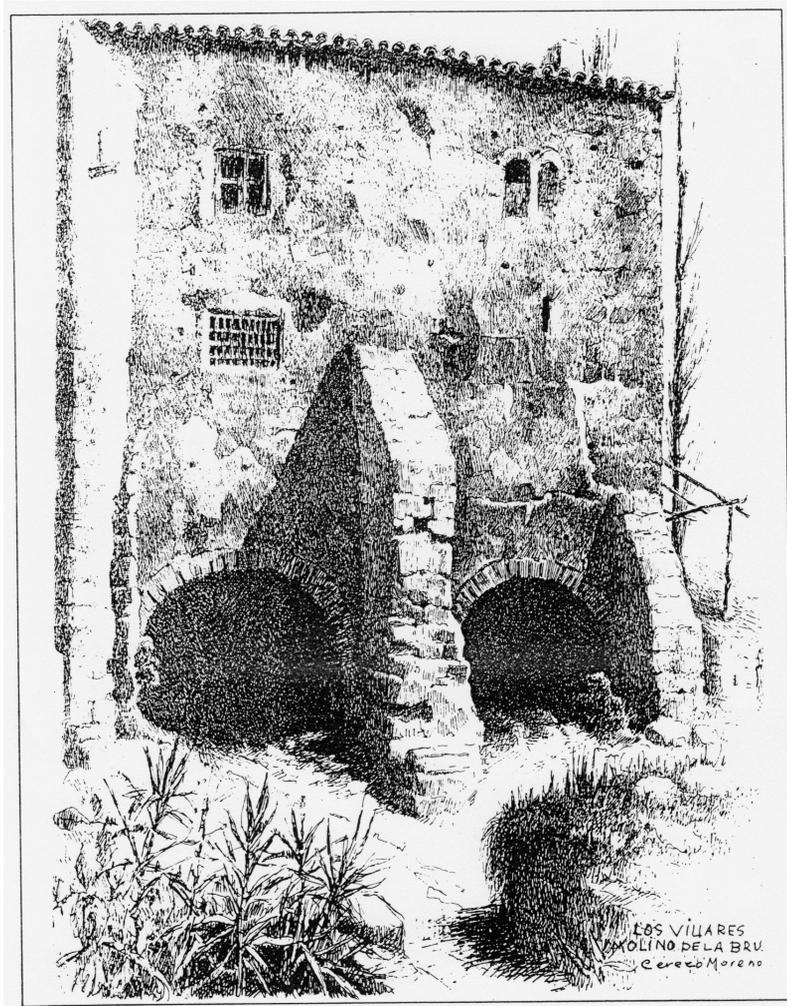
En nuestros tiempos Los Villares, como otros municipios del entorno de Jaén, se ha convertido en colonia veraniega, en ciudad dormitorio, en lugar privilegiado y abierto para la segunda vivienda de muchas familias de la capital. Y Los Villares, como siempre, ha confirmado y agrandado sus virtudes de tierra hospitalaria, generosa en la acogida, gracias al espíritu abierto de sus gentes cargadas de nobleza y llenas de bondad. A pesar de las transformaciones modernas, en cohabitación con una arquitectura popular, aquí, en Los Villares, como dice el castizo: España huele a pueblo.

La primitiva y natural habitación del hombre es y ha sido el campo, que proporciona gran deleite y gozo. La naturaleza humana tiene por asiento y residencia la amenidad de los campos, la cultura de los jardines y la abundancia de los frutales y las hortalizas. Por toda esta zona, como ejércitos disciplinados, millares de olivos cubren vastos territorios y conforman todo un paisaje verde y plateado que el viento dibuja al mover las hojas. Esta es, desde luego, la constante en el paisaje de toda nuestra provincia, pero aquí lo veo aún más intenso. Los olivos se remansan en los valles y suben y bajan por las laderas en filas interminables. Como un vivo oleaje sin solución de continuidad. Andar y desandar por Los Villares, y por todo su municipio es un ejercicio gratificante para el cuerpo y para el espíritu. Todo ello perfumado por los aires puros, saludables, que vienen de La Pandera y de Jabalcuz, de las alturas naturales que hacen de esta orografía tan señalada como un ofertorio de la tierra a los cielos. Aquí se puede hablar del sentimiento del paisaje al que se refería don Miguel de Unamuno. Y del rumor de las aguas de los ríos Eliche y Riofrío que, unidos, se hacen tributarios del Quebrajano. Rumor de soledades sonoras para el sosiego del alma.

III. COMO UN CESTO O UNA CANASTA DE MIMBRE

Permitidme un apunte literario en busca de un símbolo expresivo y en una mirada agridulce sobre el paisaje.

De siempre, en sucesivos ciclos, los mimbres crecieron a orillas de los ríos Eliche y Riofrío, con la precisión matemática de la naturaleza, con el inexorable paso del tiempo. Se alargaron y como el Narciso de Ovidio besaron una y otra vez su propia imagen en las aguas del río que nunca se vuelven. Manos artesanas, durante muchas generaciones de laboriosas gentes villariegas, hicieron una y otra vez los cestos o las canastas, para acarrear del campo a la casa los frutales que dan los árboles y las hortalizas de la tierra mimada con amor por los buenos hombres del campo. Nadie ha podido llenar de agua un cesto o una canasta de mimbre. Aquellas entrañables filigranas, hechas con tan noble material vegetal, han quedado relegadas a un segundo lugar o se han perdido. Se hicieron por los artesanos sin prisas, con el concurso del tiempo, con los vientos puros que vienen de La Pandera o de Jabalcuz; con los soles que se abren por la mañana o se cierran por las tardes, en cielos rosados por encima de Los Cañones, después de



Molino de la Bruja, en Los Villares. Dibujo de Francisco Cerezo

haber bendecido la vega, la huerta, el valle cargado de clamores. Hoy aquellas artesanías, que fueron como réplicas a profundas y extrañas geologías, han sucumbido a los artículos fabricados en serie, en lejanos talleres, fuera de estos lares nuestros, entrañables, posiblemente traídos por chinos, ciudadanos comerciantes del mundo, y, como en una riada, para inundar nuestros ámbitos cada vez más desnaturalizados.

El cesto o la canasta de mimbre, que nunca se puede llenar de agua, porque se escapa, pueden ser como un símbolo muy expresivo para una reflexión en forma de interrogante: ¿Por qué llenar de agua, y desde lo más hondo, todo un hermoso valle, ante la pre-

sencia inamo vible de Los Cañones? «Agua de que no has de beber déjala correr» dice la copla popular. Y yo creo que eso lo dicen los vientos que vienen de Jabalcuz y de la Pandera, y todo un clamor de las aguas libres del Eliche. Y las raíces que trabajan en la tierra y no quieren encontrarse con el cemento. Y el sol de cada día que alarga la sombra de Los Cañones y da vida a todo un hermoso paisaje natural.



Haciendo un receso en la deglución de la «Pluma Ibérica al Vino Tinto», la campanilla requirió en esta ocasión al amigo Ángel Aponte Marín, que por aquello de que tiene casa en Los Villares, algo sabe de la vida y milagros del pueblo donde busca gratos recreos para reponerse de las fatigas de la docencia, que hoy son de alto riesgo gracias a los inventos de los logsianos.



Pedro Galera, Rafael Casuso y Luis Berges

Pausadamente nos ilustró a todos de cómo fue el pueblo allá por 1752, cuando a sus vecinos se les sometió a las indagadoras diligencias hacendísticas dispuesta por el señor Marqués de la Ensenada con el fin de sanear y reformar la Hacienda Pública, trazando un retrato fiel de cómo eran Los Villares en aquel momento histórico, cual su paisaje y como se trababa su economía y sociología. Palabras llenas de ilustración y nostálgica evocación.

LOS VILLARES A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII



Ángel Aponte

Contaba con 170 vecinos, entre 600 y 700 habitantes. Unas diez familias vivían en caserías y cortijos de los alrededores. Los más se dedicaban al campo. Uno de cada diez era jornalero, con una paga de tres reales al día, y esto cuando la había. Uno de cada cinco era pobre de solemnidad. No hay que extrañarse. Era lo normal en aquella España, que mal que bien se recuperaba de las penurias del siglo XVII. El paisaje lleno de fragosidades. A buen paso se podía rodear su contorno en dieciséis horas. La tierra en pagos y parajes. Habrá nombres perdidos, otros quizás se conservan en la memoria de los más veteranos: Peñón Rodado, Peralejo, Torcales, Moraledas, Mata del Arrayán, El Pocico, Umbría

de la Jarica. El paisaje de monte y regadío. Encinas y quejigos en la sierra. Pastos para sesenta pares de bueyes y vacas, un millar de ovejas, otro millar de cabras, cien cabezas entre asnos y mulos, pjaras que sumaban un centenar de cerdos y veinticinco yeguas. Había incluso una punta de «algún ganado vacuno cerril», que serían vacas y toros de media sangre, moruchos, buenos para proezas taurómacas, como los que tenía el marqués de Navasequilla años después, ya a finales del XVIII, en los montes de Valdepeñas y que se jugaron en la plaza mayor de la villa y Corte de Madrid con desigual fortuna. Y como los que tuvo a finales del siglo XVI el veinticuatro de Jaén Francisco Prieto de Ojeda, cuyas reses mostraron su bravura en la plaza de Santa María de Jaén. Montes de rebaños, pjaras, puntas y hatos. Gratos a los lobos de la Pandera, cuando apretaban los inviernos, y llegaban hasta el mismo cerro de Jabalcuz, como consta en cuadernos de alimañas que yo he visto en el Ayuntamiento de Jaén. Pero también producía el monte más cosas: espliego, bellota y macizos de zumaque, que marcan con un color rojo encendido esta estación, la del otoño, junto a las umbrías de Jabalcuz, ahora que los días son más cortos. Y podría seguir hablando del vizconde de Los Villares, don Gabriel de Ceballos, caballero de Santiago, titular de un señorío conseguido con dificultades, sospecho que sin demasiado mando en plaza, pues no nombraba a los regidores y sólo cobraba unos 35 reales anuales de penas de cámara, poca cosa. Además poco tenía que hacer con unos vecinos que habían visto crecer su pueblo como realengo, que eran libres, que en Castilla y Andalucía habría pobreza pero

no servidumbre. Tenía el Vizconde casa grande y unas yeguas en la dehesa del Concejo. Y podría continuar, con las huertas, la fruta de invierno, la seda labrada, los morales y el agua. Y el molino de aceite de las monjas del convento de Santa Úrsula, que estaba en una casería llamada de Santa Teresa de Jesús, y el horno de pan, y el molino harinero que era del Concejo. También con el único clérigo de la villa, don Francisco Gómez de Ávila y Barragán, párroco de San Juan. Quizás un clérigo piadoso, quizás cazador. Y podría hablar y hablar de Los Villares, porque estamos aquí, porque, como muchos sabéis es también casi mi pueblo.



La noche andaba ya bien alta, pero como el ambiente era tan grato como apacible, nadie miraba el reloj. De un extremo a otro de la mesa fluían jocosas anécdotas, evocadores recuerdos y alguna que otra alusión a cenas de años atrás o a los amigos que ya se fueron a montar cenas celestiales en la lejana casería de los cielos, de donde ya no se vuelve si no es para vivir en el recuerdo.



José Casañas y Francisco Cano

Amigos que cada año recordamos con agradecida amistad y que nos imaginamos que para cumplir con la tradición, con permiso de San Pedro, montarán su mesa allá en las estancias celestiales acaudillados por el revoltoso de Juanito Castellanos, mesa donde don Manuel Caballero y Alfonso Sancho intercambiarán entre ironías y ruidosas carcajadas, algún folleto raro y curioso o un

poema con la vitola de inédito; Rafael Ortega y don León Herrera evocarán recuerdos de juventud y mocedad y referencias a sonoros apellidos ya silenciados por el tiempo; Felipe Molina apostillará con sus lirismos la ilustrada conversación con Paco Olivares, que le hablará de castillos y pueblos escondidos; Luis Armenteros, con su desbordante afectividad, subrayará el chispeante anecdotario de Antonio Martínez Lombardo; don José Chamorro intercambiará recuerdos de viajes y conciertos con don Pablo Castillo, que le hará reír francamente con sus vivencias con

los concertistas japoneses; Fernando Lorite arrollará con el ímpetu de su charla los silencios de Paco Cerezo y el sentencioso de Juan Miguel Díaz platicará pausadamente con el bueno de Antonio Casañas, mientras el caballeroso de Manolo Elías asegurará a efusivamente que sí, que aquello está muy bien y que él, personalmente se siente «completamente identificado» con todo y con todos.



Pedro Cruz, Rufino Almansa y Vicente Oya

Una vez que se sirvieron las «peras al vino tinto», el consabido campanilleo del Prioste mandó hacer alto y rogó a María José Sánchez Lozano que nos ilustrase con alguna de sus razonadas observaciones.

María José, que por enseñar Historia en el Instituto villariego conoce profundamente la sociedad de la villa, nos ofreció una cumplida disección de la sociología educativa de Los Villares, aportando relevantes datos estadísticos que justifican el nivel estudiantil de este pueblo laborioso y emprendedor, que en un momento histórico se ha ufano de ser el pueblo con más rectores de universidad por metro cuadrado, ya que a un mismo tiempo, los rectores de las universidades de Granada y Jaén, eran villariegos.



Pilar Sicilia y Juan Espinilla

APRENDER EN LOS VILLARES



María José Sánchez

Cuando recibí la carta del criado portugués anunciándome que la Cena Jocosa de este año sería en Los Villares, pensé que, dada mi vinculación con este pueblo en el que tantos veranos he descansado divisándolo desde su sierra de la Pandera y en el que también tantos inviernos he trabajado en la noble tarea de la enseñanza, no podía, ni quería, eludir mi participación.

Es sabido por todos que la enseñanza no atraviesa uno de sus mejores momentos; ahí están los medios de comunicación informándonos de la violencia en las aulas, es cierto que se trata de casos extraordinarios pero que existen. Conocemos asimismo el famoso informe PISA en el que no salimos bien parados, etc. Todo ello nos lleva a la concepción y aceptación de que el hecho de ser docente hoy día es como si se estuviera convirtiendo en una profesión peligrosa, de alto riesgo, o

cuando menos con grandes dificultades; porque se dice que no hay educación, ni formas, ni valores, ni inquietud, ni interés por parte de los padres, ni de los alumnos, etc., etc.

Pues bien, desde mi experiencia en el Instituto «La Pandera» de Los Villares, he de decir que no participo plenamente de esa creencia tan generalizada. Mi idea sobre la juventud, la población escolar, no necesariamente incluye la mencionada ausencia de valores o de modales, ya que son muchos los factores a considerar en cuestión tan compleja. Quizás uno de los fundamentales sea el factor CAMBIO. Recordemos aquel sin fin de normas tan restrictivas o aquellos tiempos en los que los alumnos asistían a la Facultad con corbata. Eran reglas que si no se cumplían se incurría en la mala educación; sin embargo, hoy nadie pensaría que un alumno es un maleducado porque no reprodujera alguna de aquellas conductas; no obstante, ésta no es la ocasión ni el momento de contemplar esos cambios, aunque sí quiero mencionar que el tiempo modifica los conceptos por los que una sociedad denomina bien o mal «educados» a sus ciudadanos y que los docentes debemos enfrentarnos a la realidad cambiante de nuestra sociedad no permaneciendo impasibles ante ella.

Expuestas estas consideraciones, tengo que añadir que quizás mi idea sobre la enseñanza se ha ido configurando a través de mi experiencia docente en Los Villares; y es que mi opinión al respecto siempre ha sido que el alumnado de Los Villares es sencillamente bueno, tanto en sus comportamientos y actitudes como en su rendimiento académico. Llegados a este punto voy a entrar de lleno en el tema del que yo puedo hablar esta noche y que constituye mi pequeña aportación a la celebración del «V Centenario de la fundación de Los Villares».

A finales de la década de los ochenta del siglo XX, en Jaén existía una gran saturación en los Centros de Bachillerato; el entonces I.B. «Fuente de la Peña» inauguraba una Sección destinada a acoger el alumnado de bachillerato de Los Villares, localidad que llevaba tiempo tratando de encontrar su propio espacio escolar para dejar de transitar esa hermosa carretera que une al pueblo con la capital y admirar la belleza que desde ella se divisa en otros momentos no asociados al trabajo.

Las instalaciones de la Sección fueron unas aulas compartidas con el Colegio público de la localidad «Virgen del Rosario». Corría el curso 1989-90. Voy a comenzar en octubre, en el inicio de aquel curso, cuando los escolares de este hermoso rincón de la tierra participaban - quisieran o no, porque de muchas maneras iba a repercutir en ellos-, de la realidad que les rodeaba y ésta no era otra que la de un mundo que asistía al momento histórico que marcaba el fin de una Era, aquella en la que el mundo giraba en torno a dos grandes bloques: la URSS y los EEUU.

Los primeros alumnos fueron 63 adolescentes que estaban distribuidos en 3 grupos, dos de 1º de bachillerato y otro de 2º. Algunos de ellos ya se habían matriculado en Jaén, y pudieron realizar su traslado a Los Villares gracias a la meritoria labor de Ramón Guijosa Parras que fue el encargado de movilizar a alumnos y familias facilitándoles la información necesaria para que pudieran realizar el cambio de matrícula.

Al frente del equipo directivo estaba María del Carmen Colomo, Delegada del Jefe de Estudios del Fuente de la Peña. Pero esta situación no suponía el mejor entorno ni las mejores condiciones que podía tener aquel grupo de escolares, es por lo que resultaba imperioso contar con un adecuado contexto escolar. Porque si bien las condiciones habían mejorado, los adolescentes carecían de las oportunidades reales que les iban a permitir continuar su desarrollo personal y la preparación para la vida laboral.

La Sección se mantuvo durante un curso, y en ese tiempo fueron muchos los esfuerzos realizados por los villariegos para conseguir su meta: que la juventud de Los Villares tuviera acceso a la educación en su propia localidad sin tener que realizar ningún tipo de desplazamiento por corto que este fuera.

Luis Parras, por entonces Director General de Planificaciones y Construcciones, consciente de las fructíferas consecuencias que tendría la construcción del Instituto y tratando de dar respuesta a la preocupación de las familias por la educación de sus hijos, fue el encargado de facilitar las instalaciones que definitivamente serían la sede del actual IES «La Pandera».

Y llegó el curso 1990-91, el que marcaría el inicio de la andadura física de un Centro Escolar que no solo iba a evitar el desplazamiento



Instituto «La Pandera». Los Villares

de los jóvenes villariegos hacia la ciudad en busca de formación, brindándoles las mismas posibilidades que tenían los de la capital, porque el Instituto suponía mucho más, ya que nacía con el objetivo de hacer real el principio de igualdad de oportunidades. En octubre el edificio aún no estaba listo, su puesta en marcha al mes siguiente fue posible gracias al esfuerzo de todos, familiares, alumnado y profesores. Todos colaboraron allá donde se les necesitó, trasladando mobiliario, rematando por aquí y por allá, y a pesar de todos los esfuerzos, sin luz, en noviembre el Centro abrió

sus puertas para acoger a aquellos escolares que por fin tenían su Instituto en el pueblo¹.

Acudían a él conscientes del esfuerzo realizado por todos, seguro que con sus cuadernos impregnados de fotos de Alejandro Sanz, Ricky Martin, Enrique Iglesias o Shakira. Eran los ídolos musicales de entonces. Y como jóvenes que eran, a buen seguro que ajenos a la desintegración de la URSS, al protagonismo de España en cuestiones de paz con la celebración de la Conferencia de Paz

¹ La información para la reconstrucción de la vida del Centro me ha sido facilitada por Luis Luque y Juana Colmenero, desde aquí mi gratitud y reconocimiento.

de Oriente Próximo, a la muerte de F. Kapra o a la identificación de 2.114 genes del genoma humano; sin duda que su afición al televisor sí les mantenía al día de lo ocurrido a los protagonistas de Farmacia de Guardia o a los de Los vigilantes de la Playa.

Los tres primeros meses del curso, el Centro siguió siendo Extensión del IB «Fuente de La Peña». El equipo directivo lo integraban Luis Luque Escalona, Delegado del Jefe de Estudios del Fuente Peña y Manuel García Armenteros como Delegado del Secretario. En enero de 1991 la existencia del IB «La Pandera» cobraba realidad.

Por fin tenían su propia directiva: Luis Luque Escalona, Director; Juana Colmenero, Vice-directora; Manuel García Armenteros, Jefe de estudios; Miguel Moreno González, Secretario y Ermila Fernández, Vice-secretaria. Este equipo directivo, se ha mantenido durante todos los años de vida del Instituto, a excepción de la Vice-directora y Vice-secretaria, cargos que ya no existen. El hecho de que aún se mantengan, sin duda no es debido al azar ni a la costumbre, es un equipo cohesionado que trabaja sin



El Director, Luis Luque y el Jefe de Estudios, Manuel García

que si note que están ahí, pudiendo contar con su ayuda y apoyo siempre que se les requiera. Y digo esto porque han sido muchos años trabajando con ellos y he podido comprobar como mantienen el entusiasmo del primer día. No son los típicos «quemados de la enseñanza». Y de cara al alumnado saben muy bien lo que se traen entre manos.

Desde entonces, ellos han ido asistiendo al crecimiento del Instituto, curso por curso, pasando de los 97 alumnos que cogieron a los 361 que se matricularon en el curso académico 2008-09. Despidieron a la primera promoción de alumnos que salió del Instituto en junio de 1992; eran 4 alumnos y 8 alumnas, con el tiempo 6 de ellas y 3 de ellos estudiaron carreras superiores. Recibieron, no sin temores, la primera oleada del alumnado de la ESO, fue en el curso 1996-97, cuando se incorporó al Centro un curso (3º) del 2º ciclo de la secundaria obligatoria. Al siguiente llegaría 4º.



La Infanta Cristina rodeada de autoridades y el alumnado y profesorado del Instituto. Los Villares, 17 de octubre de 2005



La Infanta Cristina visitando las aulas del Instituto

Para entonces estiraron los tabiques como pudieron para poder acomodar al nuevo alumnado. Eran muchos alumnos, pero aún tenían que llegar más, el primer ciclo de la ESO: 1º y 2º. Y para estos nuevos alumnos ya no cabían más reestructuraciones. La ampliación era una necesidad imperiosa y para el curso 2005-06 estaba lista. En septiembre se estrenaron las nuevas instalaciones que unidas a las antiguas constituían un grandioso y digno IES. La inauguración fue un acontecimiento que siempre será recordado por los que lo vivimos pues corrió a cargo de la Infanta Cristina.

Decía al principio que el alumnado del Instituto de Los Villares era bueno tanto en la manifestación de sus conductas y actitudes como en el rendimiento académico, para tratar de demostrar tales afirmaciones me dispuse a sacar datos de la documentación generada por el Instituto desde su fundación. Sobre la primera afirmación, si tenemos en cuenta el índice de aceptación de las normas de conducta veremos que es un buen indicador ya que el número de amonestaciones escritas en ningún caso es elevado, en consecuencia el número de expulsiones tampoco lo es. El año que más expulsiones se han lle-

vado a cabo nunca han superado los ocho alumnos; sin embargo, últimamente el número es más elevado, y es que el fracaso escolar y los problemas de conducta parece que van en aumento pero no es la característica que define al alumnado de Los Villares.

Por lo que respecta al rendimiento académico, centrándome en los resultados obtenidos en las pruebas de selectividad, en los 17 cursos que son los que el alumnado ha accedido a ella, he podido comprobar que en 10 cursos aprueba el 100% del alumnado

presentado en junio y para los restantes cursos el porcentaje de aprobados es bastante elevado. En las pruebas de septiembre en 13 convocatorias, de las 17, aprueba el 100%.

ALUMNADO QUE APRUEBA SELECTIVIDAD Y SU DISTRIBUCIÓN POR SEXO.

IES «LA PANDERA». 1991-2009.

CURSO	JUNIO				SEPTIEMBRE			
	HOMBRES		MUJERES		HOMBRES		MUJERES	
	Nº	%	Nº	%			Nº	%
1991-1992	4	100	8	100	5	100		
1992-1993	7	100	12	100				
1993-1994	4	67	4	67	2	100	6	86
1994-1995	2	67	13	100	2	100	2	100
1995-1996	2	100	11	100			2	100
1996-1997	10	100	8	89			1	100
1997-1998	7	100	8	100	3	100	1	100
1998-1999	2	100	18	100	4	100		
1999-2000	5	100	11	85			2	100
2000-2001	3	100	19	100	4	100	2	67
2001-2002	6	100	4	100	4	100	3	75
2002-2003	6	86	12	86	2	100	2	100
2003-2004	5	100	10	100	6	100	10	100
2004-2005	7	100	11	100	1	100	4	100
2005-2006	3	100	17	100	6	100	7	100
2006-2007	12	100	2	100	2	67	1	50
2007-2008	4	100	7	78			7	100

Analizando la información expuesta comprobé que el número de mujeres que aprobaban era muy superior al de los hombres, ahora bien, trabajar con números absolutos no me ofrecía resultados

reales porque el número de mujeres matriculadas casi en todos los cursos era superior al de los hombres, de manera que recurri a los porcentajes y efectivamente pude constatar otros resultados. En las pruebas de junio solo en tres convocatorias no aprueban el 100% de los alumnos, mientras que las alumnas no aprueban el 100% en 6 convocatorias. Para septiembre ocurre igual, en 2 convocatorias no aprueba el 100% de los alumnos y las alumnas no aprueban en el mismo porcentaje en 4 convocatorias.

En cualquier caso, hay una realidad y es que el número de mujeres es bastante más elevado que el de hombres, circunstancia en la que también intervienen varios factores, entre los que cabría citar el hecho de que para el hombre, la ocupación que tradicionalmente ha desempeñado aún le ofrece puestos de trabajo; no es el caso de la mujer que en localidades pequeñas aún no está plenamente incorporada al mundo laboral cualificado.



Entrega de diplomas a la XVIII promoción del Instituto

Continuando con el análisis de la información de que disponía, comprobé que, aunque no era mi intención en esta ocasión cargar las tintas en temas de género, sí era una realidad palpable que estaba realizando un trabajo en el que las protagonistas eran las mujeres. Veamos:

Cotejando la relación de alumnos que obtienen matrícula de honor a fin de curso, compruebo que de los 17 cursos consultados, en 13 la matrícula es para una alumna. Sus nombres y el curso en que obtuvieron dicho reconocimiento son los siguientes:

María Eugenia Moreno García (Curso 1991-92); Antonio Guijosa Pulido (Curso 1992-93); Ana Belén Martínez Parra(Curso 1993-94); Josefina Luque Callejón(Curso 1994-95); María Ángeles García Peña(Curso 1995-96); José Manuel Hidalgo Gallardo(Curso 1996-97); María del Carmen Fernández Tello(Curso 1997-98); María del Carmen Cabrera Gallardo(Curso 1998-99); María del Pilar Higuera Gallardo(Curso 1999-00); María Ángeles Marín Ruiz(Curso 2000-01); Pedro Delgado Romero(Curso 2001-02); María Olalla Luque Colmenero(Curso 2002-03); Jaime Jiménez Ruiz(Curso 2003-04); Matilde Adam Ramírez(Curso 2004-05); M^a Carmen Palacios Ruiz(Curso 2005-06); Mariola Gutiérrez Gallardo(2007-08); Rebeca Victoria Herrero Hahn(2007-08).

A la hora de examinar los premios que ha conseguido el alumnado, constato que de las 12 ocasiones en que ha sido galardonado, en 9 de ellas el premio ha recaído en una mujer.

Cuando se trata de asignar los premios extraordinarios de bachillerato compruebo que se trata de tres alumnas: María del Pilar Higuera Gallardo (Curso 1999-2000), María Ángeles Marín Ruiz (2000-01) y María Olalla Luque Colmenero (Curso 2002-03).

Continúo con los premios periodísticos y observo que también son para mujeres, María Cruz Beltrán, ganó dos años sucesivos el concurso de redacción «Prensa-escuela-jóvenes periodistas», convoca-



María Olalla Luque Colmenero recibiendo el Premio Extraordinario de Bachillerato junto a sus padres, Luis y Juana, la Delegada de Educación, M^a Angustias Rodríguez y la Inspectora del Centro, Estrella Rincón

do por la Consejería de Educación y el Diario Jaén. En el primero con la redacción que llevaba por título «Lo prometo» y el segundo con la que tituló «Gotas de agua con sabor a felicidad». En el curso escolar 1997-98, otra mujer, María del Carmen Cabrera Gallardo, obtuvo el segundo premio en el concurso de redacción que las Delegaciones Provinciales de de Salud y Educación organizaron con motivo del Día Mundial del Sida. M^a Carmen centró su trabajo en una reflexión acerca de la tolerancia en nuestra sociedad y la convivencia con los afectados por el Sida.



M^a Cruz Beltrán (en el centro con camiseta a rayas) junto a las autoridades y otros alumnos premiados en el concurso de Jóvenes Periodistas

Pero es que, si se trata de materias tradicionalmente más asequibles para los alumnos como es el caso de la Química, podemos comprobar que la premiada también es mujer. Rebeca Victoria Herrero Hahn, del curso 2º de bachillerato de Ciencias e Ingeniería consiguió el primer premio en la fase local de la Olimpiada de Química. En su calidad de ganadora pasó a la fase nacional que se celebró en Castellón acompañada por Inés Rojas Duro, profesora de Química² que de manera desinteresada la había animado y

² La Olimpiada de Química es un programa que desarrolla desde 1995 el Ministerio de Educación en colaboración la Asociación Nacional de Químicos de España y la Real Sociedad Española de Química. Su objetivo es estimular la creatividad y el interés por la enseñanza científica de los estudiantes del último año de secundaria. Todos los años se convocan las fases locales que se celebran en todos los distritos universitarios españoles. Estas fases sirven para seleccionar en cada distrito a los tres mejores alumnos de Química.

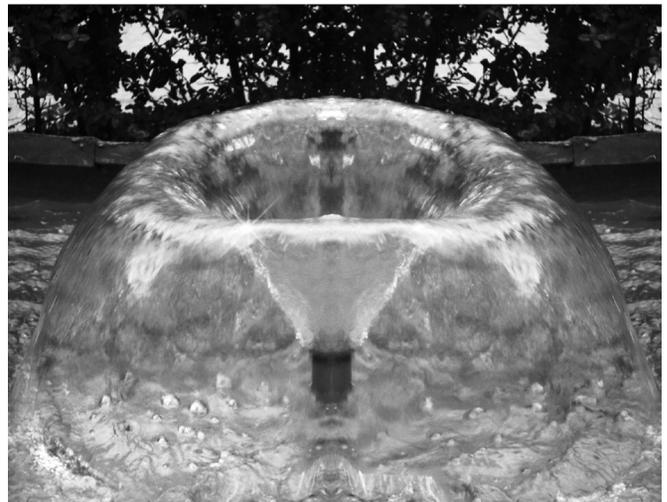
apoyado en todo momento. Si eso ocurre en Química, en atletismo aún es más palpable que el reconocimiento sea para un joven, pues no, también otra adolescente se hace con el galardón. En Sara Cárdenas Anguita recayó el honor de obtener el segundo premio en la 3ª Carrera pedestre de Arjona.

Siguiendo con la presencia femenina, observemos que en la Cena Jocosa de esta noche nos acoge una mujer, Carmen Anguita Herrador, alcaldesa de Los Villares. Nos congrega un V Centenario, el de la firma de una mujer, Juana I de Castilla que fue la encargada de rubricar en 1508 la Real Cédula expedida en Burgos autorizando la creación de Los Villares; y relata la historia del Instituto otra mujer. Son circunstancias debidas al azar pero que parece que se unen esta noche para ayudar a reforzar el camino de igualdad que ya está marcado entre los hombres y mujeres.

Al grupo de alumnas triunfadoras en el curso 2006-07, se unieron dos alumnos de 4º de la ESO, Javier Pérez Ruiz que obtuvo el primer premio en el concurso provincial Matemático-Fotográfico convocado por el CEP de Jaén; y Gonzalo Elbal que también ganó el primer premio en otro concurso convocado por el mismo CEP sobre logotipos del Programa de Interdisciplinaridad. Ellos fueron los primeros alumnos premiados en la historia del Instituto. Al curso siguiente se unió otro, José Negrillo que ganó la Olimpiada matemática Thales y el XXVIII Cer-



José Negrillo Cárdenas recibiendo su premio de la Olimpiada Thales en el Instituto Virgen del Carmen



Fuente simétrica.
Fotografía con la que Javier Pérez Ruiz ganó el premio del Concurso Matemático-Fotográfico

tamen matemático Águeda Gimeno-Miguel Sánchez, organizados por el Instituto Virgen del Carmen de Jaén.

A estos premios individuales hay que añadir el que obtuvo el aula de 2º A en el curso 2007-08. Con el objetivo es estimular la prevención del tabaquismo entre el alumnado, el Centro participó en el programa de la Junta de Andalucía «A no fumar me apunto». El programa incluye la participación en el concurso «Clase si humo». Para formar parte de él, todo el alumnado de la clase contrae el compromiso de no empezar a fumar o a dejarlo si ya tenía este mal hábito. En Los Villares participaron los distintos grupos de la ESO dirigidos por sus respectivos tutores y coordinados por el Orientador del Centro, Antonio del Peral Álvarez. El curso de 2ª A, cuyo tutor era Juan Antonio Barrientos Molina, presentó un mural y fue el triunfador. Ganó el primer premio de la fase provincial y por tanto pasó su merecida semana de descanso en el Aula de Naturaleza «Paredes», ubicada en el Parque Natural de Sierra Nevada.

Para concluir, baste añadir que Los Villares necesitaba un Instituto y ahí están los resultados que lo avalan. Sus expectativas iniciales están cubiertas desde el momento que ha evitado el éxodo de la población joven y con él, el principio de la igualdad de oportunidades está más cercano de cumplirse. Sin duda redundará en la mejora de las condiciones de vida de las familias villariegas, ya que impulsa su progreso.

Sin ser consciente de ello, el Instituto abrió sus puertas para que cada día más mujeres se incorporaran al mundo laboral, social y político. Y es evidente que ha aportado su grano de arena para que el importantísimo capital humano que supone la población femenina, supere el ámbito doméstico para adentrarse en una nueva visión del mundo, la que le permite cambiar actitudes, conductas, actividades y valores asignados a roles tradicionales. Eso si tenemos en cuenta la situación de futuro por ellas mismas, pero si las consideramos como hijas, el Instituto les ha ofrecido más posibilidades, puesto que en la mentalidad, tanto paterna como materna, podía aún prevalecer una concepción que valorara más la seguridad que le ofrecía el hogar familiar antes que salir del pueblo.



La intervención de María José dio origen a un animado debate. Ya se había aligerado la mesa de vajilla y empezaba a servirse el café y copa de la sobremesa, cuando Antonio Martos cesó en su productiva venta de lotería de Navidad, pues como responsable de los caudales de la Confraternidad no desaprovecha ocasión de allegar fondos y retornando a su sitio exhibió unos viejos papelotes proclamando su legítima ascendencia villariega y las aventuras que su bisabuelo Manuel Martos Fe, en Los Villares nacido, se corrió allá cuando la tercera Guerra Carlista, de lo que dejó noticia que los lectores podrán ver más adelante.



Antonio Martos

Amigos:

De un tiempo a esta parte y por mor del desinquieto Prioste, esta Confraternidad se ha convertido en trashumante.

Y es bueno que haya sido así, porque nos ha permitido gozar del hidalgo acogimiento que nos deparó D. Natalio Rivas en su casa-palacio de Vela de los Cobos, debido a la traza de Andrés de Vandelvira, en la monumental ciudad de Úbeda.

En la presente ocasión celebramos nuestro anual encuentro en este bonito pueblo tan cercano y tan querido, gracias a la generosidad de su Corporación Municipal. Junto a ellos, conmemoraremos los primeros QUINIENTOS AÑOS de su fundación, siendo reina de Castilla doña Juana, de sobrenombre «La Loca». Su locura más

hermosa, fue el haber fundado este pueblo en un lugar tan bendecido por la naturaleza.

Mi Prioste: por todo ello, noragüenas y parabienes.

Siendo niño, siempre llamó mi atención una pareja de tubos de cinc que mi padre guardaba en un cajón del aparador, bajo llave y junto a otras pertenencias, entre las que se encontraba el tabaco.

Recuerdo que un día le pregunté por el contenido de dichos tubos, contestándome que eran documentos relativos a su licencia militar y a la de su padre.

Pasó el tiempo, me casé, tuve hijos y dispuse de coche.

Raro era el domingo en que sin ningún motivo aparente, embarcaba a mi familia y pusiera rumbo a Los Villares. Dábamos una vuelta por el pueblo, unas veces a pie y otras en coche, comprando en ocasiones queso fresco de cabra y carne de choto en una tienda que por entonces se ubicaba subiendo la calle que viene de Jaén, a la izquierda y haciendo esquina con otra calle de traza más estrecha.

Terminada esta visita, que no tenía ningún motivo que la justificara, volvíamos a Jaén, recalando en Jabalcuz, en donde mis hijos retozaban a conciencia mientras que, en unión de mi esposa, daba un paseo por sus hermosos jardines, hoy destruidos por impías manos manejadoras de sobrecogedoras plusvalías.

Por ser el último en casarse, mi hermano Luis fue depositario de papeles y recuerdos familiares.

De él recibí fotocopias de los documentos que contenían aquellos tubos y que tan celosamente guardaba mi padre.

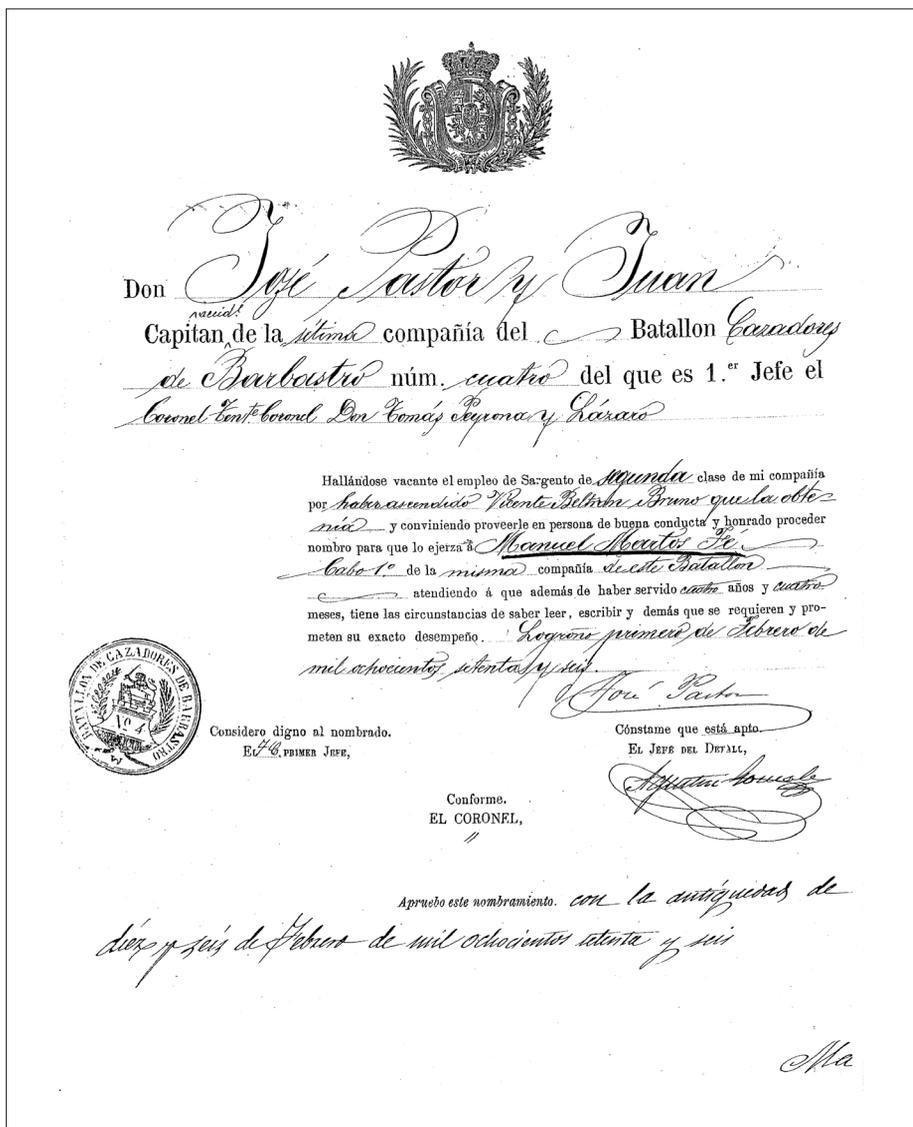
Leyendo la correspondiente a mi abuelo, llamado Manuel Martos Fe, -cosa que sabía- supe que era hijo de Miguel y Juana y que había nacido en Los Villares -lo ignoraba-.

Entresacando y descifrando de una apretada y enrevesada escritura su vida militar, comprobé que el abuelo había combatido en una incivil contienda entre liberales y absolutistas siendo rey Alfonso XII llamado «El Pacificador» porque con él terminaron unos pleitos dinásticos entre una misma familia y que tan gran quebranto trajeron a la nación tanto en vidas como económicamente.

Señora y señores regidores: como antes queda dicho, los componentes de esta Confraternidad queremos celebrar junto a ustedes el gozoso evento de este cumpleaños.

Y es precisamente en esta noche y sin otro merecimiento que el de ser miembro de tan escogido grupo, cuando tengo el inmerecido honor de compartir el pan y la sal con los representantes de la Corporación del pueblo donde nació mi abuelo, quien hizo su entrada en Caja el día cinco de Septiembre de 1871 con la edad de veinte años, tres meses y seis días, profesando la religión católica, apostólica y romana, que así de puntillosa se mostraba la literatura militar de aquellos tiempos, siendo licenciado el 30 de Junio de 1876 ¡eso es «mili»!

Fallecido el 22 de enero de 1922, sus restos descansan en el viejo cementerio de San Eufrasio -del que don Rafael Ortega y Sagrista



decía que tenía hechuras de cortijo andaluz- junto a su hijo, mi padre y un nieto de su mismo nombre, mi hermano mayor, en un nicho propiedad de la familia.

Mi humilde persona, en modo alguno, tiene la capacidad de expresión y conocimientos a los que me han precedido les sobra, pero he querido aportar, a través de mi deslavazada palabra, el insignificante dato para la pequeña historia, de un antepasado aquí nacido, que ganó mientras duró su servicio militar, medallas y ascensos.

Si usted, señora Alcaldesa, me lo permite, quiero hacerle entrega de la tan citada fotocopia, que no tiene otro mérito, aparte de su antigüedad, el de hacer constar que un ciudadano de su pueblo participó en la llamada «Guerra Carlista» y que sus «gérmenes» –como diría Carmen Sevilla– heredados por mí, participan en tan hermoso acto.

Gracias por vuestra paciencia.

Y la paz.



Carretera de Los Villares a Martos. Óleo obre lienzo de Manuel kayser Zapata

Ya había sonado la una de la madrugada en el Reloj del Concejo, cuando el Prioste mandó acallar las conversaciones y en alta voz dijo:

«...Amigos: Pues en esta vida todas las cosas, de una manera u otra, han tenido, van teniendo y tendrán su fin, nuestra Cena Jocososa o Cena de Santa Catalina del año 2008 no iba a ser una excepción por muy satisfechos y deleitosamente a gusto que nos encontremos.

Hemos de ir levantando manteles, pues si no lo hiciéramos y nos dejásemos llevar por este regusto, escucharíamos seguramente el canto de los gallos y esos cantos, os aseguro que se escuchan mucho mejor desde la cama.

Culminamos, a Dios gracias, la realización de la treinta y una edición de estos fraternales encuentros, de estas entrañables y particulares veladas, al calor que se nos ha dispensado, al abrigo y cobijo que se nos ha otorgado y sobre todo, al acogimiento abierto, sincero y generoso que nos ha dado este Concejo de Los Villares.

La Crónica de esta Cena, que verá la luz el año próximo y que saldrá de la mano autorizada y sapiente del Cronista de la Villa y Amigo de San Antón, Manuel López Pérez, será fiel trasunto de todo cuanto aquí se ha hecho y dicho, quedando como testimonio para la posteridad.

Y para ir poniendo fin os diré, que me han de faltar palabras de gratitud, expresiones de reconocimiento y muestras de satisfacción para decíros las, señora Alcaldesa de Los Villares.

Nos habéis abierto de par en par las puertas de vuestra Casa-Ayuntamiento, que en realidad es igual que abrimos de par en par las puertas de Los Villares. Sabed que todos, en común consenso, todos identificados en ello, os mostramos una vez más nuestra más sincera y rendida gratitud, por tantas cosas buenas que en este día nos habéis regalado.

Y por ser ya como una costumbre mía, no me sustraigo de deciros uno de esos malos versillos que se me suelen ocurrir, sobre todo en estas despedidas.

Es una décima que dice así:

*De Jaén a Los Villares venidos
y en aras de una noble amistad,
con la más delicada cordialidad
los Amigos de San Antón unidos
a Vos, señora Alcaldesa decimos:
Gracias, gracias por este momento
lleno de satisfacción y contento,
que por generosidad de su merced
esta Villa ha tenido a bien hacer
al darnos tan grato acogimiento.*

Y ya, con la pena de que la velada se acaba y el contento de un año más haber hecho los deberes, os digo de corazón:

Que la paz, el amor a Jaén y la fraternal amistad que nos ha unido en esta Cena del año 2008, vuelvan a ser protagonistas en la Cena del año 2009....»

Uno tras otro, todos fueron abandonando, muy a su pesar, la mesa mientras miraban furtivamente los relojes. La señora Alcaldesa, en un postrer gesto de amistad, nos emplazó para que el venturoso día en que se abran las puertas de la «*Casa Grande*» donde antaño tuvieron su morada los Señores Vizcondes de Los Villares, los «*Amigos de San Antón*» volvieran a extender en ella sus manteles dedicando una *Cena Jocosa* a su evocadora memoria. Y porque en días venideros tuviésemos recuerdo de las horas que allí habíamos pasado, obsequió a todos con un frasco de riquísimo aceite villariego con el que poder ungir las tostadas mañaneras o regar las ensaladas del almuerzo. Regalo que en unión de sus compañeros de Concejo nos fue entregando, mientras a su vez Antonio Martos distribuía y tomaba cuenta y razón de los ejemplares de la «*Crónica de la Cena del año 2007*» escrita por Juan Enrique Espinilla Lavín, que cada uno retiraba para leer en días venideros en la mullida placidez del sillón y al arrimo de la mesa camilla.



Antonio Martos, José María Pardo y Manuel Kayser

Cuando bajamos al zaguán de la *Casa del Concejo* y nos asomamos a la quietud de la plaza, diluviaba más que el *día que enterraron a Zafra*, mientras insistentes ráfagas de viento sacudían la madrugada.

Con su puntual diligencia, el *Criado Portugués* mandó recado al autobús para que viniese presto a recogerlos. Mientras, trabose allí animada tertulia encomiando la genial unicidad de estas Cenas que monta desde hace la tira de años el espíritu de *Don Lope de Sosa* y su diligente e ingenioso *Criado Portugués*.



Ángel Aponte, María Amparo López y Juan Antonio López

En ella, el Cronista reiteró que en el fondo no habíamos sido muy originales, pues ya en los años treinta del pasado siglo XX, aquel ilustre y pintoresco jaenés Don José Acuña y Gómez de la Torre (1889-1941), el genial diputado que siempre fue de independiente por la vida y que reencontrando en su señorial figura al filósofo y profeta «Asumu» expandió por Jaén la *Filosofía Armonista*, fundando el Partido de la Unión Mesocrática Universal, y encabezando su programa electoral con el sabio principio de que «*el hombre civilizado tiene perfecto derecho a vivir sin trabajar*», ya se nos adelantó en su día pues en 1934, año IV de su particular «*Era Mesocrática*» dio en celebrar en su retiro de la *Huerta de San Juan de Dios*, precisamente donde estuvo el puesto de mando de los trabajos de la fundación del pueblo, unos famosísimos almuerzos «*íntimos y campestres*» en donde sus invitados se reían del mundo mientras se tonificaban con una nutritiva «*papilla integrab*», en la que el jamón, las aceitunas machacadas, la tortilla de patata, los pollos fritos en salsa de tomate, la pierna de cordero al horno, el melón y los plátanos, todo bien regado con vinos de Lopera y Herencia, antecedían a los exquisitos batatines y yemas de Santa Ursula, los cafés y las copitas de licor de Burdeos que se degustaban en la interminable sobremesa entre olorosas tufaradas de legítimos y descomunales puros habanos. Lo que dejaba en evidencia que en todo tiempo se cocieron habas, que todo está ya inventado y que los aires de Los Villares deben ser muy salutíferos y recomendables para orear las cazuelas y sus aguas sutilísimas para avivar las digestiones.



Julio Puga, Alfonso Parras y José García

Vino un propio avisando que el autobús esperaba en la *calle del Arroyo*. Despedímonos de nuestros municipales anfitriones y bien arrebuados en gabanes y anguarinas salimos echando chispas porque la lluvia arreciaba. Algunos compañeros que gozaban de privilegiado hospedaje en el pueblo, fuéronse diligentes a su posada pues ya iba siendo hora.

El trayecto de Los Villares a Jaén se hizo envueltos en una cortina de agua que enturbiaba la serenidad de un paisaje desdibujado entre las sombras, pero que no amainó la conversación sobre las gratas horas vividas.

Como el conductor era hombre de buenos sentimientos, apiadado de sus noctámbulos viajeros ofreciose para ir haciendo paradas allá donde se le indicase, con el fin de atemperar en algo a los interesados la incomodidad de la segura mojadura. El Señor se lo pague. Que en materia de autobuses, hoy abundan mas, por desgracia, los conductores agrios y soberbios, que los bonachones y serviciales.

Debían ser las dos de la madrugada, cuando entre un galimatías de bolsas, paraguas y apechusques varios, se apearon los últimos comensales allá en los prosaicos andurriales del «nuevo Jaén». Y cada uno recluyose feliz en su morada agradeciendo a la Divina Providencia el favor de haber podido asistir, un año más, a esta renombrada Cena que dejará indeleble memoria en los anales del Santo Reino de Jaén.

Llovía mansamente sobre la ciudad y alguna ráfaga traviesa hacía gemir las fallebas de los ventanales. El viento parecía traer, desde los *Reales Alcázares de Santa Catalina*, la voz cadenciosa de mi señor Don Baltasar del Alcázar,

*«...En Jaén donde resido,
vive Don Lope de Sosa,
y dírete Inés la cosa,
más brava que de él has oído.*

*Tenía este caballero
un criado portugués...,
pero cenemos, Inés,
si te parece primero...*

*La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas de vino a punto;
falta comenzar la fiesta...»*

Y más de uno, entre el sopor del primer sueño, creyó entender que de nuevo la Feria del Señor San Lucas era venida y que a la puerta había llamado el *Criado Portugués*, mandando aviso del Señor Prioste para la Cena del año 2009.



San Antón Abad.
En la iglesia de Los
Villares (Jaén)

Addenda

A la Crónica de la Cena Jocosa del año 2008

De otras interesantes cosas, que por falta de tiempo
no pudieron decir cuatro amigos de San Antón en el
transcurso de esta Cena

*Juan Higuera Maldonado
María Amparo López Arandía
Juan Antonio López Cordero
José García García*

Para la historia de Los Villares

JUAN HIGUERAS MALDONADO

Hace ya varios años publicamos un amplio estudio¹ acerca de los fondos documentales latinos del Archivo Diocesano, ubicado en las Galerías Altas de la Catedral de Jaén. Comprendía a totalidad de manuscritos latinos, en pergamino o en vitela, insertos entre los miles de carpetas y legajos, depositados y bien ordenados en las catorce Salas del referido Archivo.



La Sal IX fue la que proporcionó una mayor parte de pergaminos latinos originales, por estar dedicada a los expedientes matrimoniales –ordinarios y extraordinarios–. La causa se debe a un hecho concreto: porque hasta el año 1983 (en el cual se publicó el Nuevo Código de Derecho Canónico) el Romano Pontífice era la única persona que podía dispensar de los impedimentos de derecho eclesiástico para contraer matrimonio válido entre católicos. Por tanto, si unas personas consanguíneas o afines (canónicamente) deseaban contraer matrimonio eclesiástico legítimo, necesitaban solicitar de la Sede Apostólica Romana la oportuna dispensa legal (a través de la Curia Diocesana) del correspondiente impedimento de consanguinidad o afinidad, que existiera entre los futuros contrayentes. Tal vez convenga recordar que, en nuestra sociedad del pasado siglo XIX, era frecuente –sobre todo por razones económicas y sociales– el procurar un aumento de su potencial económico familiar, valiéndose de la unión matrimonial entre miembros de familias diferentes, pero emparentadas, y poseedoras de algunos bienes patrimoniales.

* * *

De los 4.255 registros que aparecen en el mencionado Catálogo, la gran mayoría (unos 3.848) corresponden a la ya dicha Sala IX, de Matrimoniales.

¹ CATÁLOGO DE PERGAMINOS LATINOS EN EL ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO DE JAÉN. Diputación Provincial de Jaén, 1992.

Por cuanto respecta al pueblo de Los Villares se hallan reseñados 71 documentos latinos originales, escritos sobre pergamino o vitela, y en buen estado de conservación, por lo general. Excepto el último, todos los restantes vienen datados en el siglo XIX. Seguidamente incluimos una breve relación del primero y el último, junto con otros tres, que nos han parecido más significativos por la acumulación de impedimentos.

- 1º. – El Papa Pío VII (1800 - 23), desde Roma, con fecha 9 de enero del 1823, en el último año de su pontificado (falleció en agosto de ese mismo año), otorga dispensa en 2º grado de consaguinidad y afinidad a Juan Pedro Higuera Magueño y a Paula María Malo de Molina Ramos, vecinos de Los Villares (Jaén - España), para que puedan contraer matrimonio canónico legal. El documento está escrito sobre una vitela tenue de 450 x 305 mm., y forma parte de un legajo que incluía documentación genealógica, partidas de bautismo y confirmación, certificado de buenas costumbres, declaración de testigos, etc. Es decir, todo un expediente documental que pudieran justificar los impedimentos y obtener la necesaria dispensa. Se conserva dentro de la carpeta 1016- A, y está recogida con el nº 401 de nuestro Catálogo.
- 2º. – El Papa Pío IX (1846 - 78), desde Roma, el día 15 del mes de diciembre del año 1873 (vigésimo octavo de su largo pontificado) concede dispensa del 1º grado de afinidad y de los 3º y 4º de consaguinidad a los vecinos de Los Villares, Juan Herrera Palomo y María Feliz Navarrete. También viene sobre vitela de 445 x 300 mm. Forma parte de un legajo en la carpeta 1017 - B (nº 1231 en el Catálogo) con toda la ya indicada documentación exigida para completar el informe, que era enviado primeramente a la Curia diocesana, y por último a la romana.
- 3º. – Igualmente desde Roma, el nuevo pontífice León XIII (1878- 1903), el día 5 de junio del 1893 (décimo sexto de su pontificado) dispensa 2º y 3º grado de consaguinidad y afinidad a Francisco Manuel Cárdenas Palacios y a Faustina Alcalde Sánchez. Junto con la demás documentación requerida para su expediente se halla dentro de la carpeta 1018 - A (nº 3445 del Catálogo). Es también, como las anteriores, una vitela de 330 x 237 mm., bien conservada.
- 4º – De nuevo, el mismo Papa León XIII, datado en Roma el 5 de enero del 1894 (décimo séptimo año de su largo pon-

tificado) concede la necesaria dispensa en 3º y 4º grado de consaguinidad y afinidad a los futuros contrayentes Jacinto Palacios y María Salomé Higuera Ruiz. Escrito sobre vitela de 330 x 235 mm., en buen estado de conservación.

- 5º – El último documento latino original, que hemos seleccionado de entre los referidos a Los Villares, es otra dispensa matrimonial. La otorgó igualmente León XIII, desde Roma, a 11 de abril del 1901, durante el vigésimo cuarto año y penúltimo año de su pontificado, ya que fallecía en julio del 1902. También viene escrita sobre vitela algo más reducida que sus precedentes, sólo 275 x 200 mm. pero bien conservada. Se la concede en 3º y 4º grados de consaguinidad, a los vecinos de Los Villares Antonio Molina Molina y a Joaquina Campos Alcalde. Se encuentra, como un legajo más dentro de la carpeta 1019 - C - 8 - 1 - 5. Éste, precisamente, es el último documento de la antedicha Sala IX (matrimoniales), que en ella localizamos, e incluimos con el nº 4155 en nuestro Catálogo.

* * *

Estimamos que tal vez estos sólo cinco documentos (seleccionados de entre los 71 referidos al pueblo de Los Villares) puedan ser suficientes para demostrar y valorar el rico depósito cultural del Archivo Histórico Diocesano de Jaén, al igual que el de otros locales y provinciales. En ellos permanece silenciosa, oculta y –acaso– olvidada la historia de nuestro Jaén, que podría servir para futuras investigaciones no sólo histórico-sociales, sino además sobre genealogía (ahora se ha puesto muy de moda), derecho, economía, antropología, etc. En realidad este tipo de estudios locales constituye una base sólida y soporte (imprescindible, en ciertas ocasiones) para efectuar otros amplios estudios nacionales o incluso supranacionales.

Con esta breve portación, extraída del Archivo Histórico Diocesano de la Catedral de Jaén, deseamos unirnos a la celebración histórica con motivo del V Centenario de la fundación de LOS VILLARES.

De la olvidada historia de Los Villares. El Cortijo del Corazón de Jesús

MARÍA AMPARO LÓPEZ ARANDIA



Me han informado que en esta memorable cena es antigua costumbre que los «neófitos» de esta congregación, respondan al honor que reciben al incorporarse en ella, ofreciendo una pequeña muestra de su personal dedicación a los temas que cultivan los «Amigos de San Antón».

Desde mis primeros pasos en las tareas investigadoras, una de mis líneas de trabajo ha sido el estudio de la presencia de la Compañía de Jesús en el reino de Jaén.

Es por ello por lo que he pensado que mi primera aportación en esta noche podría consistir en recuperar la memoria de la estrecha y especial relación que el colegio que los jesuitas tuvieron en Jaén, el de San Eufrasio, mantuvo con la villa de Los Villares, a partir del siglo XVIII.

Desde la época fundacional de Los Villares, allá por la primera mitad del siglo XVI, las óptimas condiciones naturales de su entorno y su proximidad a la ciudad de Jaén, hicieron que muchos de sus vecinos adquiriesen tierras y haciendas en Los Villares.

Por eso, cuando revisamos el origen histórico de numerosas caserías y cortijos de su término, las encontramos ligadas a las familias más renombradas de la capital, o a muchas de sus instituciones eclesiásticas, caso de la Santa Capilla, o los conventos de Santa Ana, Santa Clara, Nuestra Señora de los Ángeles, carmelitas descalzas, San Juan de Dios, la Merced, Santa Úrsula, Santo Domingo, sin olvidar a la propia Mesa Capitular de la Catedral.

Ése será el origen de un famoso cortijo ubicado en Los Villares, el conocido con el sobrenombre de *Cortijo del Corazón de Jesús*, íntimamente ligado a la Compañía de Jesús.

Los jesuitas llegaron a la ciudad de Jaén, a inicios del siglo XVII, en 1611, reclamados por la propia ciudad, que desde finales de la cen-

turia anterior venía solicitando su presencia, como ya lo hacía en otras poblaciones del reino, caso de Úbeda y Baeza. Sin embargo, no fue hasta 1611 cuando los primeros padres llegaron a Jaén, con el objetivo de realizar una misión que se prolongó durante tres años, y que sirvió de magnífica oportunidad para atraer a numerosos afectos a la causa jesuítica, que con sus caudales y con apoyos tan decididos como el de don Sancho Dávila, obispo por entonces de Jaén, les permitió abrir iglesia en 1614 y dar así paso a una estancia firme que se prolongaría en el tiempo hasta 1767, primero con el título de misión continua y residencia, complementada desde 1639 con la apertura de unas escuelas que recibieron el título definitivo de colegio en 1668.

Entre las devociones que los jesuitas difundieron en Jaén se encontraron las típicas de esta orden religiosa (el culto a sus propios santos: San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Juan Nepomuceno...), o devociones tan particulares, como la de Nuestra Señora del Alba, advocación de especial devoción para don Sancho Dávila que, en 1615, llegó a donar a la orden una imagen de la misma que poseía en su oratorio, ante su inminente marcha a la diócesis de Sigüenza, y que pronto se convirtió en uno de sus principales atractivos por la fama de milagros producidos gracias a su intercesión. Entre todas estas devociones particulares, a inicios del siglo XVIII la Compañía promovió el culto al Corazón de Jesús, como la orden también hizo en otros muchos colegios.

Para su promoción, contaron con el apoyo de la familia Ceballos, o lo que es decir, la familia del Vizconde de Los Villares. Así, el segundo vizconde, don Gabriel de Ceballos y Villegas, fundó en 9 de noviembre de 1748 una memoria en honor al Corazón de Jesús, mientras que su hermana, doña Ana María de Ceballos y Villegas fundó por manda testamentaria, una Memoria para celebrar una misa el día de San Ignacio y exponer el Santísimo el tercer domingo de Cuaresma en el colegio de la Compañía, legando además, para mantener su culto un haza que rentaba veinte ducados anuales.

Esta donación fue la primera de otras realizadas por varias vecinas de la ciudad, como doña Teresa Martínez de Tejada, quien instituyó una memoria para el culto al Corazón de Jesús, legando para ello ocho mil quinientos cincuenta y nueve reales, impuestos a censo. Pero ante todo, de nuestro interés resulta la efectuada por doña Isabel Ana Camacho, quien estableció una fiesta en honor del Sagrado Corazón, dotada de trescientos veintiséis reales y siete maravedís, donando, para ello, a favor de la Compañía de Jesús, un cortijo en Los Villares y un censo de doscientos cincuenta ducados de principal, que los jesuitas recibieron en 1751, tras su fallecimiento.

Las diligencias llevadas a cabo en 1752, con motivo de la realización del famoso catastro de Ensenada, nos permiten conocer con más detalle esta propiedad, que según dicha documentación estaba compuesta por una pieza de tierra de monte y sembradura, sitas en las Matas del Arrayán, con doscientas treinta encinas y quejigos, poseyendo una casa de teja con cuarto alto, pajar, terrado y corral. Además, el cortijo poseía otra pieza de tierra en la Dehesa del Quejigar, con veintidós olivos, viña y casa de teja, con cuarto alto, bodega, lagar y cocina.

Cuando en 1767 se decretó la expulsión de la Compañía de Jesús, todas las propiedades pasaron a la llamada Junta Municipal de Temporalidades, organismo que sería el encargado de proceder a su venta a través de subasta pública. El *Cortijo del Corazón de Jesús*, como la mayor parte de las posesiones del colegio de San Eufrasio, pasó a manos del Conde de Humanes, don Francisco de Paula Salazar, quien se comprometió a pagar por él la cantidad establecida por la propia Junta: siete mil cincuenta reales, por 53 fanegas de tierra, a las que añadió cuatro mil cuatrocientos cincuenta y nueve reales, por otra porción de tierra perteneciente a dicho cortijo. Por tanto, invirtió en él 11.509 reales.

Mientras, las memorias fundadas por doña Ana María de Ceballos pasaron a celebrarse anualmente en las parroquias del Sagrario y San Juan, así como la de doña Isabel Ana Camacho a hacerlo en las iglesias de San Lorenzo y la Magdalena.

Durante muchos años, el *Cortijo del Corazón de Jesús* fue uno de los más renombrados del término de Los Villares, aunque el paso del tiempo redujo su historia a una escueta referencia toponímica, topográfica o catastral. Y dejó en el olvido sus jesuíticos orígenes que aprovechando esta ocasión hemos querido comentar para noticia de algunos y recuerdo de otros, y como pequeñísima aportación a la historia de este pueblo cuyo V Centenario conmemoramos.



La huida del Comandante Militar de Jaén, Manuel Gasset, por las sierras de Los Villares y Valdepeñas en julio de 1856

JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO



Durante los años del Bienio Progresista (1854-1856), Jaén disponía de una importante fuerza de Milicia Nacional,¹ baluarte del régimen liberal progresista, respaldada por la lealtad al general Espartero, líder progresista, que había demostrado en diferentes ocasiones. Al frente de la Milicia jiennense se encontraba un Subinspector, Antonio Romero Hidalgo, Coronel retirado de Infantería, de larga tradición revolucionaria liberal. Fue fiel defensor de sus ideales políticos durante el Trienio Liberal (1820-1823). Formó parte de los reales guardias de Infantería y, entre julio de 1821 y agosto y septiembre de 1822 fue el encargado de la formación de la Milicia Provincial activa en la ciudad de Jaén, de la que obtuvo el mando. Como comandante del Regimiento Provincial de Jaén, salió a batirse con las tropas realistas en el asedio de Murbiedro, en donde fue hecho prisionero. Vuelve a escena política con el ascenso liberal tras la muerte de Fernando VII y en 1835 aparece como tesorero de rentas y es nombrado diputado a Cortes por Jaén en 1837. Pronto entra a formar parte del grupo de seguidores del general Espartero, figura que comienza a emerger con gran fuerza como héroe en la Guerra Carlista. Fidelidad que le lleva a ser miembro de la Junta Provisional de Gobierno de Jaén en 1840, formando parte del movimiento que eleva a Espartero al poder. Esta fidelidad a Espartero le valió el cargo de intendente, jefe político y subinspector de la Milicia Nacional de la provincia; y a la que nunca renunció, incluso en momentos difíciles, como fueron los acontecimientos de 1843, cuando surgió contra Espartero una coalición de progresistas parlamentarios y de generales moderados. En la capital jiennense, Antonio Romero Hidalgo fue clave para mantener Jaén leal al Gobierno esparterista. Su figura vuelve a

¹ Sobre la Milicia Nacional jiennense ver LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio: «La Milicia Nacional de Jaén durante el Bienio Progresista: 1854-1856». En *Senda de los Huertos*, nº 7 (1987); pp. 23-29.

surgir con gran ímpetu durante el Bienio Progresista, 1854-1856, como cabeza visible del alzamiento progresista en la capital. Fue Gobernador Civil provisional, y el 14 de octubre de 1854 designado Subinspector de la Milicia Nacional en la provincia por el Ministerio de la Gobernación.²

Por otro lado, existía una escasa fuerza del Ejército, ubicada en el castillo de Santa Catalina, puesto de quinta categoría, dependiente de la Capitanía General de Granada.³ Al frente del Gobierno Militar de Jaén se encontraba el brigadier Manuel Gasset. Nació en Neufchatell (Francia) el 28 de febrero de 1814, y murió en Alcira el 16-octubre-1887. Su padre, Jaime Gasset, era militar, participó en la Guerra de la Independencia, en la defensa de Gerona, y fue hecho prisionero. Manuel Gasset quedó huérfano de padre a los cuatro años y a los quince inició su carrera militar. Participó durante la Primera Guerra Carlista en el frente de Cataluña como subteniente, siendo herido en cinco ocasiones (brazo, pierna derecha, omóplato izquierdo, mano izquierda y muslo derecho). Se le concedió la Cruz de San Fernando de Primera Clase y la General de distinción concedida a aquel ejército. Ascendió a teniente en 1837, un año después a capitán, y en 1839 a comandante y teniente coronel. Participó en la reacción antiprogresista de 1843. Fue nombrado coronel, y brigadier en 1854. Tras la revolución progresista de julio de ese año fue encarcelado, estando con su nuevo regimiento en las provincias vascongadas. Por orden del ministro de la Guerra fue liberado y destinado a San Fernando, y el 14 de marzo de 1856 fue nombrado gobernador militar de la provincia de Jaén hasta julio del mismo año, cuando se inició el movimiento revolucionario consecuente con la salida del gobierno del general Espartero,⁴ que presentó la dimisión por falta de respaldo por parte de la Reina. Ésta llamó al general O'Donnell para formar Gobierno. Los progresistas vieron en peligro su revolución, se reunieron en el Congreso en sesión permanente, mientras que la Milicia de Madrid se levantó contra el nuevo Gobierno. El 14 de Julio comenzaron las luchas callejeras, en las que Espartero no participó ni quiso intervenir, cuando

² Sobre Antonio Romero Hidalgo ver LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio: «Un liberal progresista del siglo XIX: Antonio Romero Hidalgo y Arjona». *Senda de los Huertos*. Revista Cultural de la Provincia de Jaén, nº 45-46. Asociación de Amigos de San Antón. Jaén, enero-junio 1997, pp. 123-132.

³ Sobre el Gobierno Militar de Jaén ver LÓPEZ CORDERO, Juan Antonio: «El Gobierno Militar de Jaén durante el Reinado de Isabel II». En *Senda de los Huertos*, nº 20 (1990); pp. 63-72.

⁴ «Biografía del Excmo. Sr. Teniente General D. Manuel Gasset y Mercader». OVILO y OTERO, Manuel (director). *Escenas Contemporáneas. Revista Política, Literaria y de Ciencias, Artes, Comercio, Agricultura y Teatros. Noticia biográfica de la carrera pública de los hombres más notables del siglo XIX, y bibliográfica de los escritores españoles y americanos*. Madrid, 1864, p. 217 y 261.

con el pueblo de su parte y grandes influencias en el Ejército hubiese podido triunfar.

Jaén, tradicionalmente progresista y esparterista, levantó en armas a su Milicia, formó una Junta de Gobierno que esperó el respaldo del Gobernador Militar de la provincia. Aunque el puesto militar del Castillo de Santa Catalina de Jaén no disponía de gran número de soldados, la actitud del Gobernador Militar de Jaén en los acontecimientos políticos era decisiva a la hora de secundarlos la población, sobre todo porque de él dependía también otra tropa militarizada distribuida por toda la provincia, como era la Guardia Civil. Sin embargo, en los años del Bienio Progresista (1854-1856), la posición del Gobernador Militar estaba más debilitada por la existencia de otra fuerza armada, la Milicia Nacional, más potente en número y armamento.

El Gobernador Militar Manuel Gasset se mantuvo fiel al nuevo Gobierno decretado por la Reina, pero falto de apoyo y de recursos, acompañado del secretario del gobierno militar de Jaén y la fuerza de la Guardia Civil que pudo reunir, huyó de la capital hacia el pueblo de Los Villares, donde había congregado a la Guardia Civil de todos los puestos, con el fin reunir fuerzas con qué enfrentarse a la Junta de Jaén.⁵ Tras pernoctar en Los Villares, se le presentó el Alcalde del pueblo de madrugada con orden de la Junta para encarcelarle, por lo que se vio en la necesidad de internarse en la Sierra de Valdepeñas, dejando confidentes que le indicasen a la Guardia Civil y la Remonta de Úbeda el camino que seguía para salirles a su encuentro:

«En su marcha fue ladeándose el fugitivo por entre breñas hacia Granada, a fin de hallar disposición de comunicarse con el capitán General y de recibir sus auxilios, aunque siempre con el intento de no abandonar la provincia, cuya comandancia militar le había sido confiada.»

Durante tres días anduvo errante por la sierra, atravesando cortijos. El día 19 se le reunieron algunas parejas de Guardia Civil más y emprendió el camino hacia Noalejo, el último pueblo de la provincia, confinante con Granada, estratégicamente situado al dominar la carretera entre las capitales de las dos provincias. Allí se le incorporaron diez individuos de tropa, tres oficiales y el teniente coronel del escuadrón de Remonta, más otras parejas de Guardia Civil. Poco a poco fueron acudiendo a su encuentro los oficiales del batallón provincial de Jaén y algunos otros de reemplazo que andaban fugitivos de la capital, que le no-

⁵ V. G. Kiernan recoge la noticia de que el Gobernador Militar tuvo que «huir a los montes», tras formarse la Junta de Salvación y Gobierno en la capital giennense (KIERNAN, V.G. *La Revolución de 1854 en España*, Madrid, 1970, p. 263-273).

tificaron el triunfo del Gobierno en Madrid frente a la Milicia progresista. La lealtad de Manuel Gasset le valió ser nombrado Gobernador Civil de Jaén. No obstante, todavía permaneció un tiempo en Noalejo esperando la llegada de la Guardia Civil. El día 24 ya disponía de 86 infantes y 50 caballos, fuerza con la que inició un movimiento hacia la capital, avisándola la mañana del día 25. A su encuentro salió una representación de la Junta para negociar la capitulación con las condiciones de conservar sus armas la Milicia, no perseguir a los revolucionarios y respetar el Ayuntamiento; pero Manuel Gasset sólo aceptó la rendición incondicional. Finalmente, hizo su entrada en la capital a las nueve de la noche, sin hallar resistencia, siendo ocupado el núcleo principal revolucionario de la provincia y puesto en libertad el capitán general Antonio Blanco y sus ayudantes, que la Junta tenía presos. Por ello recibió la Gran Cruz de Isabel la Católica y el nombramiento de Segundo Cabo y Capitán General interino del distrito que comprendía las cuatro provincias de Andalucía Oriental y el mando de todas las tropas de sus guarniciones, con amplias facultades. Poco después Granada también se rindió, así como Málaga. En Jaén nombró nueva Diputación, renovó cuarenta y un ayuntamientos, y desarmó a la Milicia Nacional. Posteriormente la Reina lo nombró Gobernador Civil de Málaga y dejó como sucesor en la provincia al mariscal de campo José Orozco.

Manuel Gasset pasó en unos días de vivir escondiéndose en la soledad del monte, prácticamente sin apoyos, a reunir las fuerzas necesarias para regresar a la ciudad de Jaén y recuperarla para el Gobierno, obligando a los revolucionarios a entregar las armas. Durante estos días hizo uso de una estrategia militar propia su larga experiencia en el ejército. En su huida, la Sierra Sur de Jaén le proporcionó el tiempo necesario que le permitió concentrar las tropas leales, con las que recuperó el gobierno de la provincia. Ello se vio favorecido por la derrota de la Milicia en Madrid y la inhibición del general Espartero.

Tras abandonar la provincia de Jaén, Manuel Gasset continuó su activa carrera militar ascendiendo puestos. En Málaga tuvo que enfrentarse con una insurrección de tipo republicano; después fue destinado a Ceuta, donde tuvo combates con los marroquíes. En 1861 fue nombrado Segundo Cabo de la Capitanía General y Subinspector de Infantería y Caballería de la Isla de Cuba, desde allí organizó la expedición a Méjico, siéndole encargado el mando de ella. Enfermó en Veracruz y en 1863 regresó a España. Fue nombrado Senador del Reino por la provincia de Lérida, Teniente General, Senador Vitalicio, Capitán General de Cataluña en 1866-1867. Alfonso XII le otorgó el título de Marqués de Benzú en 1875. El Archivo del Senado conserva numerosa documentación sobre el período en que fue senador.

Los Villares...

JOSÉ GARCÍA GARCÍA



Como cada año, al recibir la citación de nuestro sin par Criado Portugués de este del 2008 del Señor, busqué con interés el lugar de la cita. Al leer que nos acogerían en Los Villares, un cálido sentimiento recorrió las celdillas de mi memoria; porque si, como reza el tópico, la infancia es la patria de toda persona, parte de mi patria está en esta acogedora y gentil población villariega.

En el, ya mencionado en otra ocasión, diario de mi crianza, en el cual, además de los gastos, anotaba mi padre todas las anécdotas que consideraba interesantes referidas a mis primeros cinco años de vida, aparece que la primera localidad a la que me llevaron, fuera de Jaén, fue a la de Los Villares. Desde luego que eso ocurrió hace muchos años; aunque no antes del 1508, cuando D^a Juana otorgó su fundación, ni del 1600, cuando se independizó de Jaén; fue algo después, cuando yo tenía un año y, por esta causa, no puedo precisar nada de aquel viaje.

Durante mi infancia, Los Villares, sobre todo la fábrica de luz y su alberca, alguna casería de su entorno inmediato, a la que mi padre iba en verano a realizar trabajos de carpintería, y otros parajes de Río Frío, se convirtieron en paisajes estivales en los que se fue haciendo la parte de mi mundo que me otorgaba algo de lo que disfrutaban los que por entonces se llamaban veraneantes: otras montañas, otras arboledas, otros celajes, otros olores y sabores, otro clima nocturno mucho más fresquito y, lo más curioso de todo, ¡ver Jabalcuz desde atrás...!

Por otro lado, ni el paisaje de mi nacimiento, la *Puerta Graná* de Jaén, ni las dos aguas que bebí, la de Los Villares y la de Santa María, me desconectaban de este acogedor y bonito pueblo. Tampoco algunas de sus tradiciones orales (esto lo supe ya muchos años después) me resultaron nunca ajenas. Mi madre, aficionada a cantar en la casa, entonaba el *Soy la reina de los mares*, o *Ya te he dicho morena...*, que en su

versión, en lugar de decir aquello de *la mejor calabaza / de tu calabazar*, decía: *lo que cazan los galgos / cuando van a cazar...* y que yo tardé en entender en su doble sentido. En la aceituna, ella había cantado también lo de *Ya se va el sol por el cerrete / y al bolsillo del amo le da tembleque...* Incluso, hablando de los numerosos pintores que encontraron amable y feliz acogida en este pueblo y de cuya amistad disfruté (como mi padre y, sobre todo, a través de él) y disfruto, con los que siguen vivos, en mi casa gozo de un *Paisaje de Los Villares*, acuarela pintada tal vez por el más exótico de aquellos pintores, por Gunter Parkincher; son tierras, olivos, una manada de cabras guiadas por un pastor...

Ya cuando me iba apañando solo, fueron muchos los años en los que pasé días felices cerca de Río Frío, en la falda de la sierra de La Pandera, en el inolvidable regazo del monte donde se instalaba el campamento *Santo Rostro*. Un sinnúmero de chiquillos de todo Jaén y su provincia disfrutamos de la vida al aire libre, del vivir en grupo, del conocer la vida fuera del abrigo familiar, de aquellas frías y salutíferas aguas, de las enormes nogueras, del amparo de los quejigos y encinillas durante las tórridas siestas, de las marchas hasta el pueblo que, al regreso, cuesta arriba y aunque se subiera por los atajos hasta la fábrica de luz, se hacían tan largas... Allí aprendí a no tener miedo de las tormentas. Cuando en aquel espléndido circo de montañas estallaba una de ellas, los truenos sonaban sobrecogedores y retumbaban por las paredes de forma descomunal. Más de una vez, la anegada se llevaba las tarimas y equipajes de las tiendas de la parte inferior de la explanada, hacia el comedor y la vereda que comunicaba con la finca de los dueños del lugar, los Siles. En tales ocasiones, los acampados nos refugiábamos amontonados en las únicas construcciones existentes, la cocina, su porche y el almacén, y el llamado Vaticano, una minúscula casita en la que sólo cabía un catre individual, una mesilla y una silla, y que era la vivienda del capellán del turno. De estos capellanes, recuerdo con especial cariño al padre Tornero, un incansable dominico bonachón siempre dispuesto para lo que le solicitaras y a quien tuve el placer de saludar en mis días universitarios de Granada, cuando él era Provincial del Sur en su orden. Por cierto que, más de una vez, para la celebración de la Misa dominical, a la que acudían veraneantes de las caserías de los alrededores, hubo que buscar las velas en la iglesia del pueblo, cuyo sacristán, amablemente, las facilitaba.

También recuerdo a algunos de los jefes del campamento y de los administradores. Tenían que hacer casi milagros para poder salir adelante con los presupuestos con los que contaban. Tan es así que, en una ocasión, recuerdo que, al bendecir la mesa en el comedor, el capellán de turno, con todos de pie y en silencio, se limitó a decir:

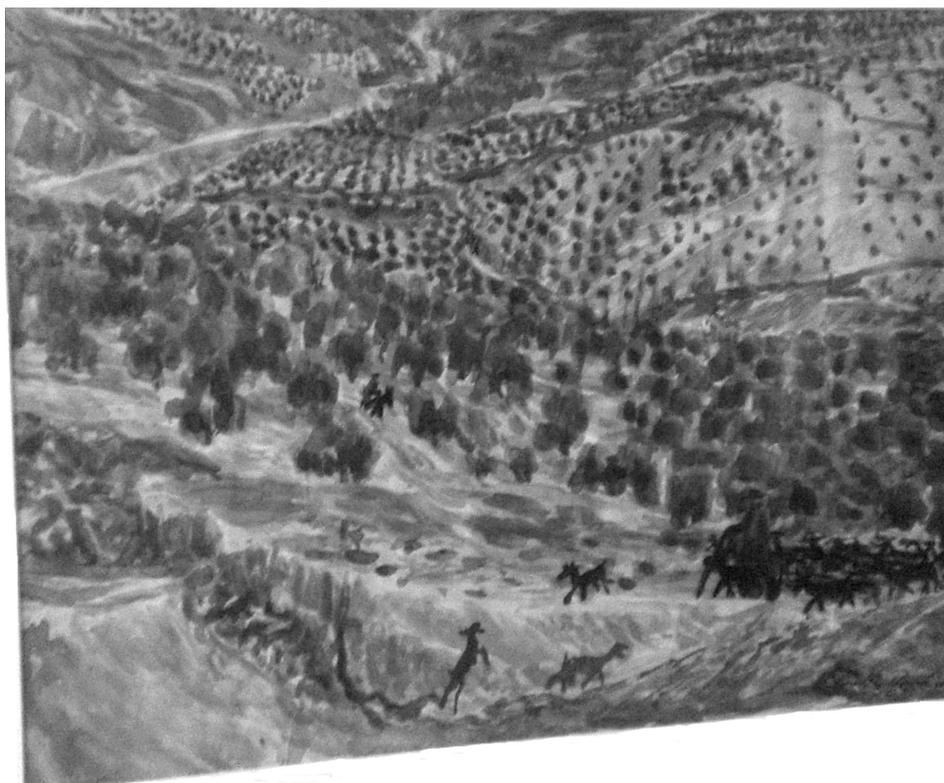
— ¡A poca comida, poco rezo! ¡Que aproveche!

Y todos nos sentamos entre una carcajada general. Pero ni la comida más o menos escasa, ni las tarimas de madera, ni las colchonetas rellenas de paja, ni el no poder libremente salirnos de los límites del campamento, ni el afrontar al menos un día los trabajos mecánicos de mantenimiento y limpieza, ni la diana tempranera, disuadían a la inmensa mayoría de aquellos chavales de intentar volver al año siguiente.

Entre aquellos jefes de campamento, estuvieron Antonio Barrón, Álvaro Ostos, Juan Maestro, Antonio Herrera, José Ángel Álvarez, Eduardo Algarra, Heliodoro Martín, este, cordobés, en un turno de maestros de tal provincia y con quien colaboré, recién acabado mi magisterio, como único conocedor de la zona y de sus limitaciones y costumbres...

Bastantes anécdotas surgen del fondo de aquellos años. La más remota, cuando todavía el edificio de la cocina no estaba construido y sólo había unos hornillones en lo alto de la escalinata, me ha acompañado siempre como testimonio de las hambres de aquellos años. Montando las tiendas, antes de que llegaran los acampados, a la hora de comer, los cuatro montadores, entre los que estaba mi padre, que me había llevado a mi de polizón, hicieron un arroz más abundante de lo necesario y cuando estuvo en su punto, lo ofrecieron a la cuadrilla de labradores encargados de arrancar las matas de huerta, tomateras si no recuerdo mal, y de alisar la explanada con sus azadas. Estos hombres, llegados a pie desde el pueblo con sus talegas o sus capachetas de esparto, de las que habían sacado su comida (un buen cacho de pan, un botecillo con aceite, un poquito de sal, un trozo de tocino y un tomate, recortado y administrado todo ello con el tranchete), les respondieron que muchas gracias y que ya habían comido; pero lo que nunca olvidaré es como, mientras decían esto, se levantaron, cogió cada uno su plato de aluminio con asas y, repitiendo que ya habían comido y negando con sus cabezas, se aproximaron al gran perol del arroz para que se lo rellenaran. La cabeza decía que no; pero el estómago y los ojos reclamaban comida y mantenían el brazo con el plato extendido hacia el repartidor...

Del último de mis campamentos, por citar algo menos antiguo, recuerdo las críticas de un dogmático inspector de tales instalaciones, porque los acampados se movían con demasiada libertad, no saludaban a la romana, tendían sus bañadores sobre el exterior de las tiendas y cosillas de estas... Él se guiaba por sus cerradas convicciones; nosotros nos preocupábamos por los chavales y su estancia, sin que olvidáramos, por ejemplo, el darles clases de recuperación, por las tardes, a los que tenían que presentarse en septiembre en algunas asignaturas... Corrían



Los Villares. (Gunter Parkincher)

los primeros sesenta... Y, lo que no se explicaban los cordobeses, que, acampados junto a un bosque cerrado, la leña para el fuego del campamento hubieran de llevarla desde Jaén, que aquel bosque lindero fuera intocable... ¡Eran otros tiempos!

Después, años adelante, las visitas se hicieron muy frecuentes y por distintos motivos; todos ellos, afortunadamente, siempre agradables o, al menos, de calor humano. El principal, el noviazgo, la boda y la eventual residencia en el pueblo, cada vez más frecuente, de mi hermano Rafael.

Apoyado en estos afectos y en estas fuentes, para diversos trabajos, recogí apodos y algunas anécdotas, personajes, dichos... De entre ellos, me permito referir alguna tradición como la de *Frente al arroyo está el tesoro*, tan repetida por toda España; la del *once ganchas*, nombre por el que se conoció al autobús de línea, porque era tan grande que media eso; la del *gato vendao*, que cuenta cómo un gato ladrón sacó de la sartén una sardina y se la llevó en la boca no sin que el dueño del pescado lo aporreara y lo siguiera; aunque, cuando lo encontró relamiéndose, el

animal, inexplicablemente, llevaba la cabeza vendada; la del origen del *agua de las máquinas*, que surgieron de una prospección; la de *Tomasa la Correcalles*, quien un día, viajando en el autobús de línea desde Jaén, se bajó del mismo y se fue andando porque tenía la comida puesta y el coche iba muy lento; la de *Culico Yeso* y sus anécdotas, que dieron lugar al dicho: *Eres más raro que Culico Yeso*. En una ocasión, le preguntaron que por qué siempre llevaba las alforjas sobre sus hombros y no en el serón del burro si, de todos modos, iba montado sobre él; respondió que, siempre que pudiera, le evitaría peso a su querido animal... La de *Socorrete* el vendedor, que nunca atinaba con traer desde Granada cerámica o picón...; o la de *los ovnis* de Sogueros, que llegó hasta la televisión...

En fin, que, como es costumbre, de nuevo ha sido un gran acierto el que la cena de Santa Catalina de este año goce del emplazamiento que tan generosamente se nos ha facilitado en el vecino y, para mi, muy querido pueblo de Los Villares.



«UN VILLARIEGO»

Óleo sobre lienzo de Pedro Rodríguez de la Torre
36 x 46 cms.

Colección de don Ricardo de Villegas Herrera

